

SOCIALISMO CIENTÍFICO

Carlo Frabetti

*A mis compañeras y compañeros
de la Alianza de Intelectuales Antiimperialistas,
especialmente a nuestros grandes veteranos y veteranas:
Juan Antonio Bardem (in memoriam), Eva Forest,
Rosa Regàs, Gonzalo Puente Ojea, José Luis Sampedro,
Alfonso Sastre y Andrés Vázquez de Sola,
por su generosidad, su tesón y su coraje ejemplares.*

Índice

Agradecimientos y advertencias

METADIALÉCTICA

Metadialéctica

Puritanismo de izquierdas

Belicismo sublimado

Carnivorismo salvaje

Machismo ilustrado

El mito del amor

Socialismo científico

Cuba y Euskal Herria

APÉNDICE

Tragarse vivo a Marx

El velo y la corbata

Metarredes

Por una poética antibélica
La línea divisoria
El tamaño de la revolución
Cantidad y calidad
Cambio de paradigma
Votación espontánea
Terrorismo judeocristiano
Todos somos putas
La cuarta herida
Irracionalismo y fascismo
Sexo, mercado e ideología
Contra el abolicionismo
La verdad inoportuna
Religión y política
La socialización del heroísmo
Gente nueva
Yo soy Fidel
El viejo fantasma
La exaltación y el fervor

Notas

AGRADECIMIENTOS Y ADVERTENCIAS

La columna vertebral de este libro la forman los ocho artículos de la serie “Metadialéctica”, publicados entre abril y mayo de 2006 en Gara, La Haine, Insurgente y Rebelión. En un primer momento, contemplé la posibilidad de ampliarlos y englobarlos en un discurso más homogéneo; pero puesto que este pretende ser, ante todo, un libro sobre la dialéctica, me pareció más adecuado (y menos trabajoso) complementar esos ocho artículos centrales con una serie de textos anteriores en los que las mismas ideas básicas son abordadas desde distintos ángulos o expuestas de forma más detallada (1). De este modo, no solo puedo someter a la consideración de las lectoras y los lectores algunas de

mis conclusiones (o más bien propuestas de reflexión) sobre el socialismo, sino también un resumen del proceso (personal y colectivo) que me ha llevado hasta ellas, así como un vislumbre del contexto en el que, en los últimos (y decisivos) cinco años, se ha desarrollado ese proceso.

Así, pues, la primera parte del libro la constituyen los ocho artículos mencionados tal como fueron publicados en su día (sin más añadidos que unas cuantas notas), y al final de cada uno se mencionan los textos complementarios correspondientes (agrupados, por orden cronológico, en el Apéndice). Esta estructura da lugar a algunas redundancias; pero las repeticiones suelen coincidir, creo, con temas en los que vale la pena insistir. Y algunos artículos del Apéndice tal vez parezcan muy coyunturales; pero pienso que tienen que ver con episodios que no conviene olvidar y que ayudan a contextualizar las reflexiones expuestas.

En los últimos años, he tenido el privilegio de poder hablar asiduamente de los graves problemas políticos y culturales a los que nos enfrentamos con algunas personas admirables, sin las cuales este libro y yo seríamos peores; entre ellas destacan (por su generosidad, honradez, inteligencia y valentía) Irene Amador, Gloria Berrocal, Eva Forest, Nahia González, Nines Maestro, Marina Minicuci y Alfonso Sastre. Creo que el hecho de que seis de esas siete personas sean mujeres no es una coincidencia, sino un síntoma. Y un buen augurio.

METADIALÉCTICA

METADIALÉCTICA

Paradójicamente, se suele hablar de la dialéctica de forma adialéctica. Los tratados al uso vienen a decir que Marx y Engels tuvieron la feliz idea de casar el pujante materialismo decimonónico con la dialéctica de Hegel, y que de

este matrimonio incestuoso (puesto que ambos cónyuges eran hijos de la revolución científica desencadenada por Galileo y Newton) nació el materialismo dialéctico. Pero esta es una visión simplista (mecánica) de un proceso complejo (dialéctico), que no se inició en el siglo XIX ni se consumó en el XX, y que deberíamos hacer un esfuerzo por consolidar en el XXI.

La propia dialéctica se ha desarrollado en relación dialéctica con la metafísica (una oposición paralela --pero no equivalente-- a la de la antinomia materialismo-idealismo), y esta “metadialéctica” (o sea, esta relación dialéctica en la que la dialéctica misma es uno de los miembros del binomio) es el motor del pensamiento y la clave de su evolución. No es la conciencia lo que nos hace racionales (muchos animales, si no todos, son conscientes de su entorno y de sí mismos), sino la conciencia de la conciencia, o sea, la “metaconciencia”. Análogamente, no es la mera dialéctica lo que nos hace racionalistas, sino la metadialéctica, o sea, la pugna dialéctica entre la dialéctica y la metafísica; una batalla que se viene librando desde los orígenes de la filosofía y que se reproduce en la mente de cada individuo (como dice Hölderlin, “la vida espiritual del hombre se debate entre la razón y el mito”).

La historia oficial de la dialéctica empieza con Platón (es decir, con Sócrates), que, al ver en el diálogo “el camino que conduce al conocimiento cierto”, puso en marcha un proceso de refinamiento del arte de razonar que culminaría con Hegel, cuya formulación es, en esencia, una traducción del método científico al lenguaje de la filosofía. Sin embargo, Hegel no renuncia al idealismo, y por eso su dialéctica, aunque básicamente correcta, está “cabeza abajo”, como dice Engels, en el sentido de que invierte la relación materia-espíritu; pero basta darle la vuelta y ponerla “con los pies en el suelo” para convertirla en el más eficaz instrumento filosófico jamás inventado. Y eso es precisamente lo que hacen Marx y Engels (apoyándose en Darwin) al afirmar que el espíritu es la “realidad última”, sí, pero no en el sentido ontológico sino en el cronológico, puesto que la mente es el resultado final de la organización de la materia, la “propiedad emergente” de una parte de la materia (la materia orgánica) que evolucionó hasta cobrar conciencia de sí misma (y de su propia conciencia).

Pero un instrumento filosófico no es una visión del mundo (no hay que confundir la Luna con el dedo que la señala, ni con el telescopio que nos la acerca). El materialismo dialéctico es un método, más que una representación (y por eso tal vez sería oportuno invertir la relación sustantivo-adjetivo y llamarlo “dialéctica materialista”). La *Weltanschauung* derivada del materialismo dialéctico es, en todo caso, el materialismo histórico (o más bien el cuadro que va dibujando la interpretación materialista de la historia), que es un modelo en construcción y sumamente complejo; no solo no hay que

confundir el mapa con el territorio, como nos recuerda Wittgenstein (2), sino que tampoco hay que creer que el mapa está completo, o que el mero hecho de poseerlo nos permite movernos por el territorio con plena seguridad.

La aceptación teórica del materialismo no nos convierte ipso facto en materialistas, y la adopción de la dialéctica no nos libra automáticamente de la metafísica (y esto vale tanto para los individuos como para los partidos políticos y los pueblos). El dogmatismo, el irracionalismo, el determinismo y demás avatares del idealismo están demasiado arraigados en nuestra cultura como para eliminarlos de forma rápida, sencilla e indolora. Del mismo modo que un siglo después de la revolución relativista nuestra visión subjetiva del mundo físico sigue siendo newtoniana, después de un siglo y medio de marxismo y de varias revoluciones sociales nuestra moral no ha dejado de ser dogmática, y la pugna dialéctica de la dialéctica misma con la metafísica parece poco menos que estancada. Ciertamente es que en los tres últimos siglos la razón le ha ganado importantes batallas al mito, pero aún está lejos de alcanzar la victoria final (es decir, inaugural) anunciada por la Ilustración y perseguida por el socialismo.

El hambre, el miedo y la libido son los tres motores de la conducta, las pulsiones más básicas e irreductibles de todos los animales, incluidos los racionales. Y en consecuencia, todas las sociedades, todas las culturas, se articulan alrededor de estos tres polos. Conseguir comida, protección y sexo son nuestros objetivos prioritarios, y una organización social es, ante todo, un intento de garantizar y regular la satisfacción de estas necesidades primordiales. No es extraño, por tanto, que los hábitos alimentarios y sexuales, así como las formas de evitar el peligro y conjurar el miedo, sean los rasgos más definitorios de una cultura y los más arraigados en los individuos que la comparten, hasta el punto de que todos tendemos a considerar “naturales” nuestras costumbres dietéticas, eróticas y defensivas, y no solo nos resulta muy difícil modificarlas, sino incluso reflexionar sobre ellas. Tan difícil que la izquierda ha sido incapaz, hasta ahora, no ya de resolver, sino tan siquiera de abordar con el debido rigor las contradicciones directamente relacionadas con la alimentación, la sexualidad y la defensa. El carnivorismo, el puritanismo y el belicismo siguen siendo tres de las mayores lacras de nuestra cultura; y las tres, por cierto, tienen mucho que ver con el machismo, la causa última de nuestra miseria moral, el ingrediente básico de las religiones y las ideologías.

Ya los antiguos griegos comprendieron que el enemigo a abatir es el padrepadrone, el patriarca, pero no pudieron soportar esta revelación deslumbrante (por eso Edipo se arranca los ojos). Y aunque el feminismo nos ha devuelto la vista, tendemos a mirar hacia otro lado, flaqueamos en nuestra vocación dialéctica (y metadialéctica), nos refugiamos en los dogmas tranquilizadores.

Engels no podría haberlo dicho más claro: la primera explotación, y el modelo de todas las demás, es la explotación de la mujer por el hombre (3); pero ni siquiera Marx lo escuchó.

Metarredes
Cantidad y calidad
Votación espontánea

PURITANISMO DE IZQUIERDAS

El título es una contradicción in términos, obviamente, puesto que el puritanismo siempre es de derechas, e incluso suele ser el rasgo más ostensible (por no decir ostentoso) de los conservadores. El puritanismo lleva el discurso moral al ámbito de la sexualidad, es decir, de lo privado (más aún, de lo íntimo), y por tanto solo es compatible con el dogmatismo más prepotente e invasor. Sin embargo, algunas personas (y organizaciones) que se dicen de izquierdas asumen de forma inconsciente la moral sexual cristianoburguesa, lo que las lleva a incurrir en contradicciones flagrantes. Por ejemplo, hasta hace bien poco la actitud de muchos supuestos comunistas hacia la homosexualidad era vergonzosa (cuando no criminal), y aunque la situación ha cambiado bastante en los últimos años, la homofobia sigue estando presente en todo el espectro político de la mayoría de los países.

Pero el asunto con respecto al cual se manifiesta de forma más clara la pervivencia del puritanismo en el seno de la izquierda es, en estos momentos, la prostitución. El abolicionismo es incluso la postura oficial de algunas organizaciones que se erigen en defensoras de los derechos de los explotados, lo cual da idea del grado de ofuscación al que se puede llegar en lo relativo a los instintos básicos. Pues la actitud de quienes quieren “redimir” a las trabajadoras sexuales sin contar siquiera con su opinión, no es muy distinta de la de aquellos misioneros que, con la cruz en una mano y la espada en la otra, cristianizaban a los “infieles” a la fuerza. La arrogancia y la prepotencia

subyacentes son las mismas: “Yo sé mejor que tú lo que te conviene, y aunque te avasalle y atente contra tu libertad, lo hago por tu bien”.

Afortunadamente, con respecto a la sexualidad, y tras más de tres mil años de implacable represión judeocristiana, la pugna dialéctica (metadialéctica) de la dialéctica con el dogma empieza por fin a animarse, sobre todo gracias al feminismo y a los movimientos de liberación de los y las homosexuales. No es casual que sean los colectivos de lesbianas y feministas radicales los que apoyan a las trabajadoras del sexo en sus reivindicaciones, puesto que el enemigo común es el patriarcado, que lleva milenios reprimiendo brutalmente la sexualidad femenina y negándole a la mujer el derecho a decidir sobre su propio cuerpo. Y tampoco es casual que la mayoría de los abolicionistas (o al menos los más estrepitosos) sean hombres.

Es lamentable que una mujer (o un hombre) alquile su cuerpo: tan lamentable como cualquier compraventa de prestaciones que deberían ser espontáneas y gratuitas; pero si las prestaciones sexuales de pago son más o menos lamentables que otras lo tendrán que decidir las personas directamente implicadas, no la Iglesia, ni la izquierda timorata, ni las feministas de salón. Mientras vivamos en un mundo-mercado en el que no tenemos más remedio que alquilar diariamente una parte de nosotros mismos, qué menos que poder decidir qué parte alquilamos sin que vengan a darnos lecciones de moral los puritanos de uno y otro bando. Algunos de los que piden la abolición de la prostitución deberían predicar con el ejemplo dándose de baja de sus prostituidas organizaciones políticas.

El horror a la prostitución tiene también mucho que ver con el mito del amor romántico, que es el mito nuclear de nuestra cultura; un mito que se resiste más que ningún otro al asalto dialéctico de la razón, y que hace que algunos desplacen el “receptáculo de la identidad” de la cabeza al bajo vientre (“El cerebro es mi segundo órgano favorito”, dice Woody Allen, uno de los máximos exponentes del romanticismo irónico). Si el amor es algo sagrado, la “profanación” mercantilista del ritual amoroso es un sacrilegio, y la prostituta se convierte en una especie de diablesa, a la vez terrible y fascinante (es decir, doblemente terrible).

El poder siempre ha intentado controlar la sexualidad y la procreación, y como el poder (al menos en el período histórico) siempre ha sido patriarcal, ha puesto un especial empeño en el sometimiento o en la negación de la sexualidad femenina. Esta es la explicación última del puritanismo y de su paradójica pervivencia en ciertos sectores de la izquierda, que aún no han comprendido que el paternalismo con respecto a las “pobres mujeres indefensas” es una artimaña más del patriarcado opresor; que aún no han comprendido que, por definición, no se puede llevar el discurso moral al

terreno de la intimidad (puesto que la intimidad, siempre que haya acuerdo entre quienes la comparten, es el lugar donde los individuos dejan de tener que rendir cuentas a la sociedad); que aún no han comprendido que sin libertad sexual no hay libertad a secas, y que esa libertad incluye, nos guste o no, lo que algunos llaman libertinaje, perversión o pecado.

Todos somos putas
Sexo, mercado e ideología
Contra el abolicionismo

BELICISMO SUBLIMADO

El instinto de conservación regula nuestra conducta mediante dos pulsiones complementarias: el hambre y el miedo. La primera nos empuja hacia los alimentos que necesitamos para sobrevivir; el segundo nos impulsa a protegernos de los peligros que amenazan nuestra supervivencia.

En un momento de carestía, nuestros remotos antepasados descubrieron una eficaz manera de satisfacer a la vez ambas necesidades: al cazar en equipo provistos de piedras y palos, no solo podían conseguir comida con más facilidad, sino que también eran menos vulnerables ante eventuales ataques de sus depredadores o de sus rivales. Organizar un grupo armado era la mejor manera de acallar simultáneamente las punzadas del hambre y del miedo, y, como todas las fórmulas de éxito, esta estrategia ofensivo-defensiva se consolidó y se difundió rápidamente. Con el tiempo, la primitiva banda de hombres armados de piedras y palos evolucionaría hasta convertirse en un ejército. Y en un equipo de fútbol.

Nuestro afán (tanto individual como colectivo) de poder y riquezas responde a las mismas pulsiones básicas de siempre: el hambre y el miedo, y los ancestrales referentes del hombre con un palo en la mano y de la banda armada siguen vivos, de manera real o simbólica, en sus sucesores y sus metáforas: el soldado y el atleta, el ejército y el equipo deportivo. El gran arquetipo individual de la cultura patriarcal (es decir, de casi todas las culturas conocidas a lo largo de la historia) es el héroe guerrero (no en vano “protagonista” significa literalmente “primer luchador”); y el gran arquetipo

colectivo es el grupo armado, el ejército. Los intrépidos héroes y los gloriosos ejércitos garantizan la prosperidad y la seguridad de las naciones, y todas las necesitan o creen necesitarlos. La primera gran epopeya occidental, la *Iliada*, es un canto a la cólera individual y a la rapiña colectiva, y por si cupiera alguna duda nos lo advierte desde el primer verso. Aquiles, los Argonautas, Sansón, el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, el Cid, D'Artagnan y los mosqueteros, los Jedi... Desde el más remoto pasado hasta el más lejano futuro imaginario, un hombre con un palo (o una espada, que viene a ser lo mismo) y una banda armada son los grandes modelos de la cultura patriarcal.

Y aunque, afortunadamente, el belicismo explícito tiene cada vez menos partidarios, seguimos aceptando con naturalidad, cuando no con alborozo, la grotesca parafernalia marcial. “Quienes disfrutaban en un desfile militar solo por error han recibido un cerebro: con médula espinal habrían tenido bastante”, decía Einstein. Y Cyrano de Bergerac deploraba que llevar colgada del cinto una espada, un instrumento de muerte, fuera un signo de distinción. Sin embargo, la gente sigue acudiendo en masa a los desfiles, y los militares siguen luciendo con orgullo sus ridículos sables (“¿Por qué serán tan brutos los generales?”, se preguntó Zola a raíz del caso Dreyfus, y Clemenceau le contestó: “No le extrañe: los hacen de los coroneles”).

Pero, más que de los guerreros propiamente dichos, el belicismo de nuestra sociedad actual se nutre de sus sucedáneos: las estrellas del deporte y los equipos de fútbol, que libran sus incruentos combates para satisfacer (y alimentar) la agresividad latente de millones de machitos (y de algunas hembritas, aunque muchísimas menos). Y en este terreno (en el “terreno de juego”), la batalla dialéctica de la razón contra el mito aún está por librar. La patraña del “espíritu olímpico” ha calado tan hondo que la supuesta “nobleza” del deporte agonístico se ha convertido en algo incuestionable. Y sin embargo, el deporte, tal como hoy se entiende y se practica, es belicismo sublimado, belicismo mitificado, es decir, convertido en mito, en mito justificador y sustentador de nuestra desdichada cultura. Se supone que el deportista es el paradigma del hombre sano, cuando en realidad el deporte solo es sano si es puro juego profiláctico, si no tiene más objetivos que la diversión y el ejercicio. El deportista que se esfuerza hasta la extenuación por derrotar a un adversario o superar una marca, por llegar más alto, más lejos o más deprisa que los demás, es un enfermo, un pervertido, el pervertido emblemático de una sociedad perversa (4). Por eso se habla tanto de “juego limpio”: porque el deporte competitivo (es decir, casi todo el deporte) es el más sucio de los juegos. En nuestra miserable sociedad, la vida consiste en competir para tener, en vez de colaborar para ser, y el mito del deporte santifica la competencia, la

lucha sin cuartel por la superioridad y el poder. El tan cacareado espíritu olímpico es, en última instancia, la misma basura que el ardor guerrero; si “lo importante es participar”, como se dice hipócritamente, ¿por qué los deportistas de élite se esfuerzan tanto por ganar, hasta el extremo de arriesgar su salud e incluso su vida?

Los primeros cazadores no tuvieron elección: la escasez de alimentos vegetales los obligó a pasar del apacible frugivorismo propio de los primates al feroz carnivorismo de los depredadores; de ahí a la exaltación de la violencia y de la camaradería masculina (con la consiguiente relegación de las mujeres) no había más que un paso, y era casi inevitable que lo dieran. Pero ya va siendo hora de que demos el siguiente.

Por una poética antibélica
La línea divisoria
Terrorismo judeocristiano

CARNIVORISMO SALVAJE

Al igual que sus parientes más próximos, los grandes simios, el hombre es un animal básicamente frugívoro, pero con la ventajosa opción del carnivorismo. Tan ventajosa que probablemente nos salvó de la extinción, pues cuando escasean los alimentos vegetales (por ejemplo, a causa de una glaciación o de la desertización de los bosques) puede ser fatal depender exclusivamente de ellos.

La necesidad de conseguir carne en épocas de carestía severa llevó a nuestros remotos antepasados a formar grupos de cazadores armados de palos y piedras y preparados para trabajar en equipo, con objeto de aumentar sus posibilidades de éxito frente a las grandes presas (las más deseables, pero también las más peligrosas). Y esta acertada estrategia de supervivencia tuvo varios efectos colaterales.

Uno de ellos fue la domesticación de algunos lobos y chacales que empezaron a participar espontáneamente en las cacerías para aprovechar los

huesos y otras partes que los hombres no solían comer (pues no poseían las poderosas fauces de los carnívoros ni sus aparatos digestivos especializados). Los antepasados de los perros ayudaban a los nuestros a localizar y a acosar a las presas, y a cambio se llevaban una parte del botín. Así encontró el hombre a su mejor amigo.

Otra consecuencia de la caza en equipo fue, seguramente, la exaltación de la violencia y el aumento del prestigio social de la fuerza bruta, con la consiguiente relegación de las mujeres (menos corpulentas y a menudo limitadas en su actividad física por los largos períodos de gestación) y la consolidación de la camaradería masculina. Para recolectar frutos no hay que ser muy fuerte: las mujeres, e incluso los niños, pueden hacerlo tan bien o mejor que los hombres; pero para enfrentarse a un búfalo o a un mamut conviene estar bien provisto de músculos y de testosterona.

Y, por último, el carnivorismo, que empezó siendo una opción de emergencia, se convirtió en un hábito. La carne es adictiva: su consumo produce una leve intoxicación que se traduce, como otras intoxicaciones moderadas (café, alcohol, tabaco, etc.), en una forma de excitación o embriaguez que puede crear dependencia (de modo que la expresión “embriagarse de sangre” no es mera metáfora). Por otra parte, el carnivorismo tiene algunas ventajas. La carne (al igual que el pescado, los huevos y los productos lácteos) es rica en proteínas y contiene todos los aminoácidos necesarios para nuestro organismo, mientras que ningún alimento vegetal los aporta todos por sí solo (hay que combinar un cereal con una legumbre, por ejemplo, arroz con frijoles, para ingerir juntos los ocho aminoácidos esenciales). Además, la carne es un alimento muy versátil y fácil de conservar: se puede cocinar de muchas maneras, ahumar, desecar, embutir... Todo ello ha hecho que muchos creen que la carne es indispensable, el “plato fuerte” de nuestra gastronomía. Nada más falso.

Comer carne no solo es innecesario, sino que además es insano. La propia Organización Mundial de la Salud lo advirtió hace más de treinta años, aunque luego las presiones comerciales y políticas le impidieron insistir en ello. El consumo de carne sobrecarga nuestro aparato digestivo de primates y favorece la aparición de tumores. Y además, debido a la contaminación ambiental, con la carne no solo ingerimos sus propias toxinas (como la cancerígena prolactina), sino también las que los animales que comemos acumulan a lo largo de su vida (como el mercurio y otros metales pesados que el organismo es incapaz de eliminar). Por no hablar del colesterol: incluso las carnes más magras contienen un alto porcentaje de grasas saturadas. Por no hablar de las vacas locas, los cerdos apestados, los pollos griposos...

Pero no solo hay poderosas razones dietéticas y sanitarias para evitar el

carnivorismo, sino también éticas, económicas y ecológicas, es decir, políticas.

Dejo para otra ocasión las consideraciones éticas directamente relacionadas con el respeto a los animales. Aunque para afirmar que “los animales no tienen derechos porque no tienen deberes” hay que ser tan estúpido como Fernando Savater (por la misma regla de tres, tampoco tendrían derechos los niños pequeños y los discapacitados mentales), la mayoría de la gente considera que podemos maltratar y comernos tranquilamente a parientes tan próximos como los grandes mamíferos. Es una aberración moral que muy pocos han denunciado --entre ellos hay que destacar al filósofo australiano Peter Singer (5)-- y que requeriría un análisis en profundidad; pero como no es necesario reconocer los derechos de los animales para estar de acuerdo con los demás argumentos en contra del carnivorismo, me centraré en los de más peso, que son los económicos.

La producción de carne es un negocio ruinoso (para la sociedad, claro, no para los fabricantes de hamburguesas) y una de las principales causas del hambre en el mundo. Para producir un kilo de proteína cárnica hacen falta diez kilos de proteína vegetal, lo que significa que con la soja y el grano que consume el ganado solo en Estados Unidos, se podría alimentar a toda la humanidad. Mientras los etíopes se mueren de hambre, el cuarenta por ciento de los campos de Etiopía se dedica al cultivo de soja destinada a la alimentación de las vacas estadounidenses. El carnivorismo, además de violar los derechos de los animales, constituye un salvaje (nunca mejor dicho) atentado contra los derechos humanos.

¿Por qué, entonces, solo una pequeña parte de la izquierda defiende la causa del vegetarianismo? Porque los hábitos ligados a nuestras pulsiones más básicas (y el hambre es la primera) se consideran “naturales”, y son, por tanto, difícilmente asequibles a la reflexión, al asalto dialéctico de la razón. Y así, el arquetipo del macho armado, ora cazador ora guerrero, sigue presidiendo nuestra salvaje cultura patriarcal, nuestra despiadada sociedad competitiva, depredadora, carnívora.

MACHISMO ILUSTRADO

Feminismo e izquierda institucional

Aunque la situación de la mujer ha mejorado bastante en las últimas décadas, el machismo sigue siendo la principal lacra de nuestra cultura. Las feministas, con su lucha tenaz y a menudo heroica, con su crítica sistemática de las instituciones patriarcales, han transformado sustancialmente nuestra sociedad y nuestra visión del mundo, pero la mayoría de los hombres (seguramente todos, en alguna medida) se resisten a renunciar a sus privilegios.

El feminismo ha puesto en evidencia, mejor que ninguna otra corriente de pensamiento, tanto la arbitrariedad del psicoanálisis como la insuficiencia del marxismo, es decir, ha cuestionado los dos grandes discursos totalizadores del siglo XX. Algunos creen (o quisieran creer) que los posmodernos, los “nuevos filósofos” y los relativistas han acabado con el marxismo, cuando lo único que han hecho ha sido demostrar su propia futilidad. Las feministas, por el contrario, se han fortalecido (y han fortalecido el marxismo) en su confrontación con la izquierda institucional.

En general, los partidos políticos han intentado colonizar o sucursalizar el feminismo, pero solo lo han conseguido (y no del todo) con sus tendencias menos combativas. Con objeto de neutralizar a las incómodas feministas, los “marxistas ortodoxos” (contradicción in términos, puesto que el marxismo no es una doxia y no cabe, por tanto, invocar en su nombre ninguna “recta doctrina”) vienen repitiendo desde hace décadas que la liberación de la mujer está supeditada a la de la clase obrera. Este burdo argumento mecanicista (que es una forma de posponer indefinidamente, cuando no de negarlas, las reivindicaciones específicamente femeninas) ilustra el anquilosamiento de una dialéctica contaminada por el mismo dogmatismo que pretende superar (es decir, el bloqueo a nivel institucional de la pugna “metadialéctica” del propio materialismo dialéctico con la ideología), y en los años setenta suscitó entre las feministas un encendido debate sobre el problema de la “doble militancia”. ¿Se puede militar a la vez en el feminismo y en un partido político? Y, a un nivel más general, ¿es compatible el feminismo con el marxismo?

La primera pregunta hacía referencia, obviamente, a los partidos de izquierdas, puesto que la derecha es, por definición, impermeable a cualquier propuesta transformadora. Y, por tanto, muchos (y muchas) consideraban que responder afirmativamente a la segunda pregunta era el requisito indispensable para poder tan siquiera plantearse la primera. Paradójicamente (y una paradoja, como decía Hegel, es una verdad cabeza abajo), lo cierto es justo lo contrario, como comprendieron algunas feministas radicales: precisamente porque el feminismo es inseparable del socialismo, no era posible la doble militancia, puesto que los partidos pretendidamente marxistas

lo eran de un modo espurio, dogmático, que el propio Marx rechazó en su día (y que le llevó a decir “Yo no soy marxista”).

¿Ha cambiado la situación en la actualidad? En los grandes partidos de izquierdas, desde luego que no: están tan empantanados en la ideología como hace treinta años, si no más, y, por consiguiente, siguen siendo incompatibles tanto con el feminismo como con el socialismo científico (es decir, materialista y dialéctico) que propugnaban Marx y Engels.

Socialismo y feminismo

A primera vista, la semántica parece una parte de la semiótica. Puesto que la semiótica estudia los signos en general y la semántica se centra en los significados de las palabras, que son un tipo concreto de signos, parece obvio que la segunda está contenida en la primera. Pero la semiótica se formula mediante palabras, y por tanto es una de las innumerables construcciones lingüísticas cuyos significados estudia la semántica; consiguientemente, la primera está contenida en la segunda. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?

Si pensamos de forma mecanicista, la paradoja se convierte en aporía, del mismo modo que el problema del huevo y la gallina nos arroja al abismo sin fondo de una regresión infinita. Pero para el pensamiento dialéctico una paradoja es una verdad cabeza abajo, que nos recuerda, en primer lugar, que “arriba” y “abajo” son conceptos relativos (interrelacionados), que se determinan mutuamente y se pueden (se deben) “sintetizar” para superar la contradicción. La semiótica y la semántica se contienen mutuamente, forman un todo indisoluble, y su desarrollo conjunto es un proceso dialéctico que se inició con los primeros gestos y los primeros gruñidos que nuestros remotos antepasados utilizaron para comunicarse.

Análogamente, puesto que el socialismo lucha por la liberación de todos los oprimidos y el feminismo combate la opresión de las mujeres, el segundo parece una rama del primero. Pero puesto que, como nos recuerda Engels, la explotación de la mujer por el hombre es la primera de las explotaciones y el origen de todas las demás, el socialismo es una extensión, una ramificación del feminismo troncal (y radical, valga el juego de palabras). ¿Qué fue antes, la manzana o el manzano?

La cuestión, una vez más, escapa a cualquier intento de explicación ideológica o mecánica. El socialismo y el feminismo se contienen mutuamente (como dos manos entrelazadas), forman un todo indisoluble, y su desarrollo conjunto es un proceso dialéctico que se inició cuando los primeros cazadores-guerreros empezaron a tratar a las mujeres como si fueran esclavas y a los esclavos como si fueran sumisas mujeres.

Opresión y machismo

Aunque no es del todo equiparable a la lucha de clases, la relación histórica entre hombres y mujeres tiene muchas de sus características. Quienes, incapaces de renunciar a la tranquilizadora apariencia de seguridad que ofrecen los dogmas, han convertido los clásicos del marxismo en recetarios de cocina política, verán en esta afirmación una herejía; dirán que, por definición, una clase social no puede venir determinada genéticamente, pues en ese caso ya no es una clase social sino biológica. En principio, la objeción parece razonable; pero cuando lo biológico determina sistemáticamente (sistémicamente) la misma situación social, se produce una equivalencia de hecho. Si en un lugar y un tiempo determinados (por ejemplo, en Estados Unidos antes de la Guerra de Secesión) la inmensa mayoría de los negros son esclavos y la inmensa mayoría de los esclavos son negros, la negritud y la esclavitud vienen a ser, en la práctica, una misma cosa, y los negros constituyen, a todos los efectos, una clase social. Y puesto que en casi todo el mundo y en casi todas las épocas la inmensa mayoría de las mujeres han estado sometidas a los hombres, la más clara y universal relación opresor-oprimido (además de la primera, como señaló Engels) es la relación entre los géneros.

Los fractales (y su fascinante corolario, las dimensiones fraccionarias) constituyen uno de los grandes descubrimientos matemáticos del siglo XX, y han permitido una mejor modelización (es decir, una mayor comprensión) de numerosos fenómenos naturales; y aunque los resultados obtenidos en el campo de la física o la biología no pueden extenderse mecánicamente al ámbito de las ciencias sociales sin caer en el más burdo reduccionismo, algunos de esos resultados sugieren interesantes vías de análisis. Un objeto fractal es semejante a sí mismo a diversas escalas (a todas las escalas, hasta el infinito, si es un objeto matemático); por ejemplo, una línea costera vista desde un avión tiene el mismo aspecto que la sinuosa orilla del mar en una playa de esa misma costa vista desde el suelo, y si nos arrodillamos en la arena y contemplamos de cerca unos pocos centímetros de esa fluctuante línea, de nuevo veremos el mismo patrón. Si observamos al microscopio una pluma de ave, descubriremos que cada barba es como una pluma en miniatura, y cada minibarba de esa minipluma es a su vez una micropluma...

Las sociedades humanas son mucho más complejas que cualquier objeto físico o biológico, pero también en ellas se observan pautas y modelos que se repiten a distintas escalas o niveles. Los individuos tienden a agruparse en familias nucleares, que a su vez se agrupan en familias extensas, clanes, tribus, poblados, ciudades, provincias, naciones..., y en cada uno de esos niveles hay

relaciones de intercambio semejantes, basadas en la explotación de unos individuos o unos grupos por otros. Ver la lucha de clases como el enfrentamiento de dos grandes ejércitos sociales compactos y homogéneos es un tanto simplista, y no podemos olvidar que un obrero explotado en la fábrica puede ser a su vez un explotador en su casa. En el seno de las sociedades históricas siempre se han librado al menos dos batallas simultáneas y solapadas (en ambos sentidos del término): ricos contra pobres y hombres contra mujeres. Como primera aproximación, y de forma muy esquemática, podríamos dividir la sociedad en cuatro subclases (obtenidas al superponer las divisiones binarias hombre/mujer y rico/pobre) ordenadas jerárquicamente:

1. Hombres ricos
2. Mujeres ricas
3. Hombres pobres
4. Mujeres pobres

En general, cada grupo explota a todos los que tiene por debajo; pero poco más puede indicar un esquema tan lineal, pues la interrelación de dos luchas de clases solapadas da lugar a un “proceso de procesos” sumamente complejo (“metadialéctico”, en el sentido de que es el resultado de la interrelación de dos relaciones dialécticas, cuando menos).

La corbata y los tacones

La tradicional división de la sociedad india en castas (que no fue abolida hasta mediados del siglo XX) no solo era una aberración moral, sino también taxonómica, pues dejaba fuera a la mitad de la población; no solo discriminaba a las mujeres, sino que ni siquiera las tenía en cuenta como entes clasificables. Como es bien sabido, las castas eran cuatro: brahmanes (sacerdotes), guerreros, comerciantes y artesanos (los agricultores, según su actividad, se distribuían entre las dos últimas castas). A los parias o “intocables” no se los consideraba parte de la sociedad; y, al parecer, a las mujeres tampoco, pues no había sacerdotisas, ni guerreras, y las pocas que se dedicaban a la artesanía o al comercio lo hacían como sirvientas de los hombres. En realidad, las castas eran dos: hombres y mujeres, y la primera se dividía en cuatro subcastas.

En el recién abolido sistema indio, las castas monopolizaban las distintas formas de poder (religioso, militar, económico) y lo ponían todo en manos de los hombres. Pero ¿es muy distinta la situación actual en las supuestas democracias occidentales? El poder religioso, militar y económico sigue siendo masculino, aquí y en India. Ahora hay bastantes mujeres soldado, es cierto, y algunas monjas muy activas; pero la única generala es la Virgen del Pilar, y la Iglesia es un patriarcado tan férreo como hace dos mil años.

Por eso casi todos los hombres de clase media o alta llevan uniforme, como los sacerdotes y los guerreros, los arquetipos del poder. Y el uniforme masculino es el traje de chaqueta con su complemento indispensable, la corbata. En Occidente, la mayoría de los hombres se ven obligados a llevar corbata en su trabajo y en muchos lugares y situaciones; lo contrario equivaldría a desclasarse, a renunciar simbólicamente a su hegemonía, puesto que la corbata es el estandarte del “señor”, que lo distingue tanto de la mujer como del obrero. La mujer, cuando se pone “elegante” (es decir, cuando reafirma su estatuto social mediante la indumentaria), tiene innumerables opciones. El hombre, solo una: el traje y la corbata, el uniforme del macho dominante.

A pesar de su inofensiva apariencia ornamental, la fálica corbata es uno de los más importantes símbolos de nuestra cultura patriarcal y clasista. Tiene algo de pendón y de estola clerical, de banda militar y de aristocrático pañuelo de seda. Su generalizado (y a menudo obligado) uso por parte de los hombres nos recuerda que constituyen una casta, un cuerpo, y que no están dispuestos a renunciar a sus privilegios de clase.

En el extremo opuesto (tanto de la anatomía como de la simbología), los zapatos de tacón, que limitan la movilidad de la mujer y realzan (nunca mejor dicho) su condición de objeto erótico, y que no en vano son los fetiches predilectos de millones de machitos babosos (la brutalidad con la que muchas culturas han castigado los pies de la mujer, por no hablar de otras partes de su cuerpo directa o simbólicamente relacionadas con su autonomía, no podría ser más significativa). El guerrero avasallador ya no se ciñe a la cintura una espada de duro acero: ahora se ciñe al cuello un suave espadín de seda, porque la dominación ya no se ejerce tanto desde el vientre (sede de las vísceras y de la fuerza) como desde la cabeza. Un sedoso lazo, un refinado nudo corredizo, es el arma simbólica del depredador urbano, del macho ilustrado.

El velo y la corbata

EL MITO DEL AMOR

La explotación de la mujer por el hombre no solo es la primera de las

explotaciones y el origen de todas las demás, como señaló Engels, sino que es el fundamento mismo de nuestra cultura (y de casi todas las culturas que ha habido a lo largo de la historia).

Algunos sociólogos conservadores, como Steven Goldberg, hablan de la “inevitabilidad del patriarcado”: dado que los hombres son más fuertes y más agresivos que las mujeres, y por tanto más competitivos, siempre han ocupado y siempre ocuparán los puestos sociales de mayor prestigio y poder (6). Seguramente, en el marco de una sociedad basada en la explotación y la competencia no puede ser de otra manera; y, de hecho, hasta ahora nunca (o casi nunca) ha sido de otra manera. Lo que Goldberg y sus seguidores no tienen en cuenta es que, como seres racionales que somos, podemos y debemos aspirar a una sociedad basada en la colaboración, y en una sociedad colaborativa la fuerza bruta y las hormonas ya no serán determinantes (en el sentido determinista, valga la redundancia). Que los hombres tiendan a la agresividad y a la competencia no significa que siempre tengan que comportarse de una forma brutalmente agresiva y competitiva, ni que la fuerza tenga que prevalecer necesariamente sobre la razón.

Nuestra conducta, como la de todos los animales, obedece a tres pulsiones básicas: el hambre, la libido y el miedo. Y, como todos los animales gregarios, nos agrupamos para aumentar nuestras probabilidades de conseguir comida, sexo y protección. Por eso nos debatimos entre dos tendencias antagónicas: la colaboración y la competencia; como vivimos en el “reino de la necesidad” y algunos bienes son escasos, colaboramos para obtenerlos y competimos al repartirlos. El binomio colaboración/competencia se manifiesta a todos los niveles, desde el más restringido núcleo familiar hasta las más amplias organizaciones sociales, y hasta ahora, en general, ha prevalecido la competencia sobre la colaboración (en este sentido, es muy significativo que para la Biblia la historia de la humanidad comience con un fratricidio, y que el mito fundacional de Roma gire alrededor de otro). Pero siempre ha habido (al menos desde que Buda propugnara el desapego y el “amor compasivo”) una corriente de pensamiento y de acción tendente a dar prioridad a la colaboración sobre la competencia. La Edad Contemporánea se inauguró precisamente con un hito fundamental de esa corriente: una revolución cuya consigna era “libertad, igualdad, fraternidad”, y cuyo legado culminaría en el socialismo científico de Marx y Engels.

La sexualidad nos impone formas de colaboración y de competencia especialmente intensas. En el terreno sexual, los bienes apetecidos son, normalmente, otros individuos de la misma especie: el apetito, a nivel específico, se vuelve autorreferente, con todas las complejidades (bien conocidas por los lógicos y los matemáticos) que ello implica.

La relación sexual es, al menos físicamente, la más íntima de las relaciones y, gracias al regalo evolutivo del orgasmo, la fuente del placer más intenso. No es extraño, por tanto, que este tipo de relación (o la expectativa de mantenerla) refuerce poderosamente el sentimiento de solidaridad intraespecífica y cree un vínculo muy estrecho. En nuestra cultura, ese sentimiento reforzado por la sexualidad suele dar lugar a la formación de parejas estables que, a su vez, se constituyen en familias nucleares.

Pero cuando la pareja es heterosexual, que es el caso más frecuente, la más estrecha colaboración intraespecífica coexiste con la solapada (o abierta) competencia intergenérica, puesto que uno de los miembros pertenece al género dominante y el otro al género sometido. ¿Cómo se concilia la relación amorosa con el sometimiento? Nuestra condición de mamíferos hiperdependientes (al contrario de lo que ocurre en las demás especies, los cachorros humanos dependen de sus progenitores durante años) nos brinda la fórmula sin necesidad de salir del propio núcleo familiar: la relación de los niños con sus padres es a la vez de afecto y de sometimiento, sin que ello genere, en la mayoría de los casos, conflictos insuperables; por lo tanto, basta con “filializar” a la mujer, situarla en un plano de dependencia material y moral con respecto al hombre, para que en una pareja heterosexual puedan coexistir el afecto y el sometimiento. El problema es que, así como la dependencia del niño es una realidad impuesta por la naturaleza, la dependencia de la mujer es una artimaña cultural mediante la que una parte de la humanidad somete a otra, lo que inevitablemente genera una tensión en muchos aspectos (si no en todos) equivalente a la lucha de clases. Y para aliviar esa tensión intergenérica, nuestra cultura ha inventado (o reforzado extraordinariamente) el mito del amor.

Los cuentos infantiles, los tebeos, las canciones, las películas, las novelas, la poesía, las crónicas de sociedad, los seriales radiofónicos y televisivos, la publicidad... Desde la más tierna infancia, la cultura popular y la cultura de masas en todas sus manifestaciones, así como una buena parte de la denominada “alta cultura”, nos bombardean sin cesar con mensajes que exaltan el amor y lo presentan como el bien supremo, la máxima aspiración de todos los hombres y las mujeres “normales”; nuestra condición de mamíferos dependientes, gregarios, hipersexuados (somos los únicos animales que están en celo permanentemente) y orgásmicos hace el resto, por lo que no es extraño que el amor sea el mito nuclear de nuestra cultura (7). Un mito alrededor del cual se articula toda una religión amorosa, cuya principal función es la de “religar” al hombre y la mujer por encima (o por debajo) de su pertenencia a clases enfrentadas.

La índole mítica (“religiosa”) del amor es tan fácil de demostrar como

difícil de aceptar; en contra de todas las evidencias, la mayoría de la gente considera que enamorarse es algo superlativamente personal y electivo, cuando en realidad el enamoramiento se parece más a un reflejo condicionado que a una elección propiamente dicha (en este sentido, es muy significativo que Romeo y Julieta se conozcan y se enamoren en un baile de máscaras: la máxima intensidad sentimental con el mínimo de información real, puesto que el enamoramiento es un acto de fe, la irracional creencia de que nuestros impulsos eróticos, condicionados por la educación y las experiencias infantiles, responden a algún tipo de inspiración divina o de sabiduría superior). Por eso la mayoría de los proyectos amorosos fracasan total o parcialmente (la rutina y la resignación no dejan de ser fracasos), y a menudo desembocan en la agresividad; por eso el amor está “a un paso del odio”.

Una doble metonimia contribuye a la perpetuación del mito (a la vez que lo identifica como tal). En primer lugar, tendemos a reducir el término “amor” a su estricto sentido erótico; solo en algunas expresiones poco coloquiales y de resonancias evangélicas, como “amor al prójimo” (o en referencia a objetos no humanos: amor al arte, amor a los animales, etc.), se utiliza la palabra “amor” en un sentido no sexual; por lo demás, se suele distinguir de forma muy clara entre el amor y la amistad, e incluso se los considera mutuamente excluyentes. En segundo lugar, se suele identificar al objeto del sentimiento amoroso con el sentimiento mismo: la expresión “amor mío” (*mon amour, my love, amore mio, meu amor, meine Liebe...*) es probablemente la más universal de las metonimias. El sentimiento precede al objeto y lo envuelve, lo aureolea, lo sublima, lo mitifica.

Solo así se explica que la inmensa mayoría de las personas intenten establecer, sobre una base casi siempre insuficiente, una clase de relación que en el marco de nuestra cultura patriarcal es tan difícil como traumática. Y además de ser una de las principales causas de sufrimiento, el mito del amor es uno de los mayores obstáculos en nuestro camino hacia una sociedad libre, puesto que exalta la dependencia y la posesividad hasta extremos rayanos en el delirio (baste pensar en la ferocidad de los celos, el implacable “monstruo de los ojos verdes” de Shakespeare). Cuando Marx dijo que la religión es el opio de los pueblos, se olvidó de añadir que, de todas las religiones, la más arraigada y peligrosa es el culto a Eros.

SOCIALISMO CIENTÍFICO

El hecho de que nos empeñemos en seguir llamando “marxismo” a lo que Marx y Engels denominaron “socialismo científico” es menos anecdótico de lo que podría parecer a primera vista. En primer lugar, el término supone un agravio comparativo, pues prescinde de uno de los cofundadores (el más inteligente de los dos, por cierto, aunque Engels no tuviera la enorme capacidad de trabajo ni la poderosa personalidad de Marx). En segundo lugar, el término es reductivo y adialéctico, pues identifica todo un proceso, un desarrollo continuo, con su etapa fundacional. Esa forma de patronimia es adecuada para las doctrinas estáticas, inamoviblemente ligadas a un “padre” fundador: cristianismo, confucianismo, franquismo... Pero no llamamos “einsteinismo” a la relatividad, porque es una disciplina en continua evolución y construida con las aportaciones de numerosos físicos y matemáticos; y, por la misma razón, el decimonónico término “darwinismo” está cayendo en desuso, progresivamente sustituido por “evolucionismo”. ¿Por qué no ha ocurrido otro tanto con el término “marxismo”?

La respuesta es tan obvia como preocupante: el marxismo más visible, el más institucional, ha evolucionado muy poco desde los tiempos fundacionales. El gran error de Marx y Engels fue proclamar la inevitabilidad de la caída del capitalismo y prometer el paraíso (comunista, pero paraíso al fin y al cabo); eso, para muchos, convirtió el marxismo en una religión y, por consiguiente, en un instrumento de dominación en manos de las castas sacerdotales de turno. Dicho de otro modo: el mal llamado “socialismo real” dificultó el desarrollo del socialismo científico y marginó o persiguió a quienes luchaban por salvarlo de la ideologización. La desigual pugna (metadialéctica) del materialismo dialéctico con el solapado dogmatismo de la izquierda institucional ha sido la gran batalla intelectual del siglo XX; aunque ha sido (y sigue siendo) una batalla soterrada, ignorada por la cultura oficial, silenciada por los poderes de uno y otro signo.

Los marxistas tuvieron claro desde el principio que había que liquidar la moral burguesa; pero el propio marxismo era un producto de la burguesía, de su filosofía y su moral, y, por lo tanto, para crecer tenía que podar sus propias raíces. Tenía que romper con el patriarcado y con su brutal represión de la sexualidad (sobre todo de la sexualidad femenina). Tenía que romper con la familia nuclear, con la explotación doméstica de la mujer, con la hegemonía masculina. Pero luchar contra los privilegios ajenos es más fácil que luchar contra los propios, y el marxismo, en manos de los hombres, como casi todo, no supo, no pudo o no quiso librar esa batalla fundamental (no escuchó, como Segismundo, la arenga de Clotaldo: “Corona tu victoria venciéndonos a ti mismo”). Y la batalla tuvo que librarse en otros ámbitos.

Por eso el marxismo, para merecer el nombre de socialismo científico, tiene que asimilar, ante todo, los logros teóricos y prácticos del feminismo, la principal fuerza revolucionaria de nuestro tiempo (y probablemente de todos los tiempos). Y también tiene que asimilar los logros teóricos y prácticos del anarquismo, el ecologismo, el pacifismo, el indigenismo, el vegetarianismo y otras formas de oposición a la barbarie capitalista. Tiene que despojarse de su solapado puritanismo cristianoburgués (es decir, patriarcal) y escuchar con la mayor atención y el mayor respeto a homosexuales, transexuales, prostitutas, okupas, emigrantes y marginados de toda índole. El marxismo tiene que volverse a la vez más nacionalista y más internacionalista; porque nacionalismo e internacionalismo no son antitéticos, como creen algunos (incluidos no pocos marxistas), sino complementarios. El nacionalismo de un pueblo unido frente al imperialismo avasallador lo une, a su vez, a todos los demás pueblos en su lucha común contra la “globalización” capitalista. Los desposeídos no tienen patria, nos recuerda el Manifiesto Comunista, les ha sido arrebatada junto con todo lo demás; por eso su primera tarea es recuperarla, y recuperar la patria (cada pueblo la suya y juntos la de todos) es recuperar la vida, recuperar el mundo.

Tragarse vivo a Marx
Cambio de paradigma
La cuarta herida
Irracionalismo y fascismo
Religión y política
La exaltación y el fervor

CUBA Y EUSKAL HERRIA

Patria o muerte

Todas las disciplinas científicas comparten un método común, que, en esquema, es el siguiente: se empieza por reunir información sobre una determinada materia, a partir de esa información se elabora una hipótesis, en función de esa hipótesis se realiza una serie de predicciones, y por último se comprueba experimentalmente si esas predicciones son correctas; en caso afirmativo, la hipótesis queda confirmada (o, mejor dicho, reforzada, pues la confirmación nunca es plena y definitiva), y en caso negativo queda refutada

(o cuando menos debilitada).

Las ciencias sociales comparten con las disciplinas científicas propiamente dichas los tres primeros pasos del proceso, pero no permiten llevar a cabo las exhaustivas comprobaciones experimentales que confieren su precisión y solidez a los postulados de la física o la biología. Por el momento, solo los más sencillos experimentos sociológicos se pueden realizar en el laboratorio (mediante simulaciones informáticas), por lo que los “laboratorios naturales” que nos depara el curso de la historia son extraordinariamente importantes y merecen la máxima atención.

Tras el fracaso del impropriamente denominado “socialismo real” (un fracaso muy anterior, por cierto, al desmembramiento de la Unión Soviética), el más importante experimento sociopolítico en curso es sin duda alguna la revolución cubana; y en el ámbito europeo, la lucha del pueblo vasco por la autodeterminación, que coincide parcialmente con el proyecto socialista de la izquierda abertzale. No es casual que ambos procesos sean coetáneos (están a punto de cumplir medio siglo) y eminentemente “patrióticos” (luego explicaré las comillas), como no es casual que ambos hayan sido objeto de las más brutales agresiones imperialistas: Estados Unidos ha sometido a Cuba a un bloqueo despiadado durante más de cuatro décadas, y el subimperialismo europeo, representado por los sucesivos gobiernos españoles y franceses, lleva el mismo tiempo reprimiendo a sangre y fuego el nacionalismo vasco.

La patria es un mito; un mito eminentemente patriarcal, como su nombre indica, alrededor del cual es fácil articular toda una religión, con sus teólogos, sus mártires, sus fundamentalistas y sus fariseos. El patriotismo, como todo fervor colectivo (o colectivizador), es orgulloso, y el orgullo solo es aceptable como respuesta a una humillación, como negación de la negación de la propia identidad (el “orgullo gay”, por ejemplo, solo tiene sentido en la medida en que la homosexualidad es objeto de marginación o desprecio; si nadie cuestiona tu orientación sexual, estar orgulloso de ella es, cuando menos, una estupidez). Al igual que la violencia, el orgullo solo es lícito si es defensivo, nunca cuando es ofensivo, despectivo o excluyente. La patria es un mito a superar (un mito eminentemente masculino y belicoso que está en la base de todos los fascismos), y el propio término debería desaparecer cuanto antes del vocabulario político (habría que sustituirlo por “fratria”, o simplemente eliminarlo). Pero cuando la soberanía y la identidad cultural de un pueblo son agredidas, es lógico que ese pueblo responda con la afirmación orgullosa, o incluso violenta, de esa identidad y esa soberanía; y a esa lícita (y a menudo heroica) autoafirmación defensiva también se la llama “patriotismo”. Es un término desafortunado y peligroso, del que, insisto, sería mejor prescindir; pero mientras siga vigente, conviene tener en cuenta sus diversos usos y

connotaciones.

Tanto en el caso de Cuba como en el de Euskal Herria, los agresores se han estrellado contra un pueblo unido por una idea de patria que, más allá de su contenido mítico, remite a un irrenunciable ideal de libertad, puesto que es la negación de la negación de la soberanía nacional que supone el imperialismo. “Patria o muerte”, la consigna nacional de los cubanos, no significa solo que quienes la asumen están dispuestos a morir en defensa de su soberanía, sino, lo que es más importante, que se dan cuenta de que si se renuncia a la propia identidad y al derecho de autodeterminación, no es posible vivir una vida digna de ese nombre.

Socialismo o muerte

Cuando los pueblos oprimidos comprenden que el imperialismo es una consecuencia inevitable del capitalismo (su “fase superior”, como decía Lenin), que los “globalizadores” neoliberales intentan arrebatarles su identidad para poder arrebatarles todo lo demás, “patria” y “socialismo” se convierten en términos sinónimos. Así lo han comprendido una buena parte del pueblo vasco y la inmensa mayoría del pueblo cubano. Y otros pueblos del mundo empiezan a comprenderlo.

“Socialismo o muerte”, la segunda consigna nacional de los cubanos, y en su caso sinónima de la primera, no significa solo que quienes la hacen suya están dispuestos a morir por el socialismo, sino, sobre todo, que se dan cuenta de que una vida digna de ese nombre es incompatible con la barbarie capitalista.

Más aún: “socialismo o muerte” significa que si no acabamos con el capitalismo en las próximas décadas, el capitalismo podría acabar, literalmente, con la vida en nuestro planeta.

Patria y socialismo

La identificación de la patria con el socialismo, además de darle un nuevo sentido al “patriotismo” y augurar su superación, hace, por eso mismo, que se desvanezca la ilusoria oposición entre nacionalismo e internacionalismo. No es casual que los pueblos vasco y cubano sean tan sumamente hospitalarios: la solidaridad, por definición, es contagiosa y centrífuga; es demasiado grande para encerrarla en una casa o en un país, y el internacionalismo es su consecuencia natural. En un mundo libre, igualitario y fraterno, es decir, en un mundo socialista, habrá una única nación de naciones, y tantas naciones soberanas como grupos humanos se reconozcan en ellas.

No es casual que la revolución cubana y la izquierda abertzale nacieran a la

vez, y tampoco es casual que a la vez hayan conseguido sendas victorias históricas. Cuba ha roto el cerco imperialista y ha desembarcado, más vigorosa que nunca, en el continente americano. La izquierda abertzale ha obligado al Gobierno español a sentarse a una mesa de negociaciones que el terrorismo de Estado quería hacer imposible. Y la coincidencia de ambas victorias inaugurales es algo más que un buen presagio.

Mientras la heroica resistencia de los pueblos afgano, iraquí y palestino contiene al Imperio en la frontera oriental, la espada de Bolívar camina por América Latina y el “viejo fantasma” vuelve a recorrer la vieja Europa. Tiemblen las clases dominantes...

El tamaño de la revolución
La verdad inoportuna
La socialización del heroísmo
Gente nueva
Yo soy Fidel
El viejo fantasma

APÉNDICE

TRAGARSE VIVO A MARX

Galileo y Newton no sólo dieron a la física una estructura matemática precisa, coherente y operativa, sino que sentaron las bases de un método científico que sigue siendo la más poderosa herramienta del conocimiento. Con su consigna fundacional (“Hay que medir todo lo que es medible y hacer medible lo que no lo es”) y su aforismo leonardiano (“El libro del universo está escrito en el lenguaje de las matemáticas”), se puede decir que Galileo

inaugura la ciencia moderna. Y con su ley de la gravitación universal, Newton pone orden en la naturaleza. Desde que Buda y Tales de Mileto, cada uno a su manera, dieron la espalda a los dioses para buscar las respuestas (y las preguntas) en la realidad misma, la mente humana no había dado un salto tan grande y, en apariencia, tan definitivo.

Pero a principios del siglo pasado Einstein formuló la teoría de la relatividad, que afirma que el espacio y el tiempo no son realidades absolutas y separadas, que hay un límite infranqueable para la velocidad, que la materia y la energía no son esencialmente distintas... Y en su momento se dijo que la relatividad suponía el fin de la física newtoniana, el derrumbamiento de su majestuoso edificio conceptual. Pero en realidad lo que hizo Einstein fue (un famoso científico lo expresó con esta feliz metonimia) “tragarse vivo” a Newton. En efecto, la relatividad no invalida la física tradicional: sencillamente (y nunca mejor dicho), la relativiza, la integra en un esquema más amplio. De hecho, en la mayoría de los casos seguimos utilizando la vieja física de siempre, que solo deja de ser válida a nivel subatómico, a velocidades próximas a la de la luz o en campos gravitatorios muy intensos.

Decir que Marx y Engels son los Galileo y Newton de la socioeconomía puede parecer exagerado o gratuito, pero las similitudes no son pocas ni irrelevantes. Y tal vez el aspecto más instructivo de este paralelismo sea el de la falsa periclitación de ambos sistemas. La física newtoniana no ha sido refutada, sino tan solo desposeída de su apariencia de formulación completa y definitiva de las leyes de la naturaleza, y con el marxismo ha ocurrido otro tanto, pese a los cacareos de los “nuevos filósofos”, los posmodernos y los relativistas culturales. A pesar de los excesos y defectos del llamado “socialismo real”, a pesar de los propios errores de Marx y sus continuadores, el marxismo sigue siendo el gran paradigma socioeconómico, ético y político de nuestro tiempo. Solo que no puede pretender ser la explicación total y última de los fenómenos sociales. No puede autoproclamarse “científico” en el sentido fuerte del término, y menos aún arrogarse la facultad de predecir el futuro. Profetizar la inexorable autodestrucción del capitalismo y el seguro advenimiento del “paraíso comunista” fue un error de bulto que el marxismo ha pagado muy caro, un residuo de idealismo que nos podría hacer temer que Marx fuera menos científico de lo que pretenden sus hagiógrafos. Pero, en cualquier caso, ello no resta ni un ápice de validez al materialismo histórico, del mismo modo que la física no se resiente del hecho de que Newton fuera un neurótico.

Retomando una reflexión ética milenaria cuyos ancestros más ilustres son Buda y Lao Tse, Sócrates y Epicuro (como es bien sabido, Marx centró su tesis doctoral en la comparación de los sistemas atómicos de Demócrito y

Epicuro), el marxismo propugna, básicamente, una revolución moral. A la vieja moral cristiano-burguesa adoptada (y adaptada) por el capitalismo, basada en la sumisión, la esperanza en otra vida y la aceptación de la jerarquía social, el marxismo opone una nueva moral basada en la solidaridad, la resistencia, el cuestionamiento de lo establecido, la confianza en las propias fuerzas, la decisión de cambiar la sociedad. Y del mismo modo que Galileo vio en la experimentación el método por excelencia, la llave maestra de la ciencia, Marx vio en la praxis la clave de una nueva filosofía cansada de limitarse a explicar el mundo y decidida a transformarlo.

Vivimos en una sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre. Analicemos las relaciones de intercambio que la configuran y perpetúan, con objeto de sustituirlas por otras relaciones que pongan fin a la explotación, que realicen y fomenten la solidaridad. Ese es, en última instancia, el proyecto del marxismo. Y no ha perdido ni un ápice de vigencia. De qué manera o maneras llevar adelante ese proyecto en un mundo en el que el imperialismo (fase superior del capitalismo) parece más fuerte y más dispuesto que nunca a demoler todos los obstáculos que encuentre en su camino: ese es el problema de la izquierda. Y si el viejo marxismo dogmático es un callejón sin salida, una trampa para nostálgicos de lo absoluto, dar la espalda a sus logros y sus propuestas es, sencillamente, un suicidio moral y político. La solución, aunque todavía no la tengamos clara (como no tenemos clara la futura evolución de la física, que aún dista mucho de explicarlo todo), pasa necesariamente por tragarse vivo a Marx.

(Gara, 28 7 02 / Rebelión, 11 2 04)

EL VELO Y LA CORBATA

El velo que las mujeres tienen que llevar obligatoriamente en algunos países islámicos es lamentable, desde luego. Pero aún más lamentable es la actitud de muchos occidentales que se creen superiores o más civilizados porque nuestras mujeres pueden ponerse o quitarse lo que les venga en gana. Esos necios occidentocéntricos se olvidan de varias cosas. Por ejemplo, de la corbata.

En Occidente, la mayoría de los hombres se ven obligados a llevar corbata en su trabajo y en muchos lugares y situaciones. Y la corbata, amén de

antifuncional y ridícula, es tan lamentable como el velo. Es clasista y es, sobre todo, machista: es el estandarte del “señor”, que lo distingue tanto de la mujer como del obrero, y, junto con su inseparable chaqueta, constituye el uniforme del macho dominante.

La mujer, cuando se pone “elegante” (es decir, cuando reafirma su estatuto social mediante la indumentaria), tiene innumerables opciones. El varón, solo una: el uniforme. ¿Y quiénes llevan uniforme? Los militares, los policías, los curas... Es decir, las personas cuya pertenencia a un cuerpo o estamento determinado les confiere algún tipo de autoridad; las personas que se definen más por su pertenencia a una clase que por su individualidad.

La corbata es un símbolo (uno de los más relevantes, a pesar de su inofensiva apariencia ornamental) de nuestra cultura patriarcal y clasista. La corbata es vanidosamente reaccionaria, chillonamente falocrática.

Desconfiemos de los que la eligen. Y combatamos a los que la imponen: no son mejores que quienes obligan a llevar velo o cuelgan crucifijos en las aulas donde los niños deberían aprender a pensar.

Otro día podríamos hablar de los zapatos de tacón...

(Contra el Imperio, 28 10 02)

METARREDES

Al principio, Internet parecía un mundo un tanto aparte y un tanto cerrado. Y un tanto sucedáneo. Quedar atrapado en las redes de la Red, en la Telaraña tan Grande como el Mundo, era un riesgo sobre el que alertaban preocupados sociólogos y psiquiatras.

Pero, al tupirse, la Red se ha convertido en un tejido, un sólido y multidimensional cañamazo que puede atraparnos, por supuesto, pero que, sobre todo, nos suministra un soporte al que coser cualquier retazo de tejido social y en el que recamar cualquier proyecto.

La imprenta democratizó la lectura y la escritura. El servicio postal, el telégrafo (que hizo posible la Revolución Rusa) y su hijo el teléfono democratizaron la comunicación individual. Internet funde el teléfono con la imprenta y el correo, y mucho más. Democratiza la comunicación colectiva, o sea, los media.

En diciembre de 2002 se celebró en Bolonia un congreso de televisiones de barrio en el que participaron militantes de toda Italia. La idea emergente es tan simple como poderosa: crear una red nacional (y luego internacional) de miniemisoras conectadas por Internet.

Cualquiera puede montar en su casa una pequeña emisora de televisión con un equipo básico fácil de conseguir y de instalar, cuyo coste no supera los cien euros. El alcance es “óptico” (solo pueden recibir la señal las antenas visibles desde el punto de emisión); pero eso, colocando la antena emisora en una azotea u otro lugar elevado, puede significar varios miles de receptores potenciales. Y una red de estas televisiones caseras conectadas por Internet, aprovechando las “zonas de sombra” de las grandes cadenas, las manchas del leopardo mediático, puede abarcar todo un país. O más.

Redes de redes, metarredes más allá de la Red: es el fin del principio, el principio del fin de los medios monopolistas.

(Contra el Imperio, 22 I 03)

POR UNA POÉTICA ANTIBÉLICA

Consciente o inconscientemente, y no solo cuando escribimos o leemos, sino también cuando vivimos, puesto que vivir es en buena medida una actividad simbólica, nos remitimos a una poética, es decir, a un conjunto de reglas y principios, de criterios estéticos (y por lo tanto morales: *Nulla aethetica sine ethica*). Y nuestra poética, o mejor dicho, la poética del sistema, la que automáticamente se activa “por defecto” si no nos oponemos a ella con lucidez y determinación, es una poética fundamentalmente bélica.

No en vano el primer gran poema occidental se autodefine desde su mismo comienzo como un canto a la cólera de un guerrero. No en vano llamamos protagonistas, que quiere decir “primeros combatientes”, a los personajes principales de cualquier historia, real o ficticia. No en vano dijo Heráclito que la guerra es la madre de todas las cosas.

Los seres humanos, como todos los animales sociales, se mueven entre dos polos antinómicos: la colaboración y la competencia. Y desde siempre el poder ha manipulado ambas instancias básicas en función de sus intereses. Por eso las manifestaciones más perversas del sistema son la colaboración forzosa

de la servidumbre y la competencia extrema de la guerra.

Como señala Engels en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, la primera explotación, y el modelo de todas las demás, es la explotación de la mujer por el hombre, basada, pura y simplemente, en la fuerza bruta. Por eso vivimos --seguimos viviendo-- en una sociedad patriarcal, y por eso la poética subyacente a nuestra cultura es una poética de la guerra, es decir, una exaltación de la lucha, del triunfo, de la conquista y, en última instancia, de la fuerza.

Tanto el fútbol como la poesía amorosa, por citar dos fenómenos culturales aparentemente alejados entre sí, son expresiones de una poética guerrera. No en vano en el discurso amoroso se utilizan recurrentemente términos como “conquista”, “asedio” o “rendición”. No en vano se representa a Eros mismo como un arquero y se habla de las batallas, las heridas y los estragos del amor.

Por eso la consabida consigna “haz el amor y no la guerra” es tan superficial e inoperante como casi todo lo que nos han legado los hippies. Mientras la mayoría de la gente piense y viva el amor en términos de conquista, posesión y dependencia, Eros y Ares no solo estarán juntos, sino revueltos. O viceversa, más bien viceversa: mientras nuestra cultura esté íntimamente contaminada por una estética y una erótica --es decir, una poética-- de la guerra, será muy difícil amar sin competir y competir sin pelear.

¿Qué podemos hacer para desmilitarizar nuestra cultura, para eliminar su nefasto sustrato bélico? En términos generales, la solución es muy simple: cambiar el actual sistema de relaciones de producción, es decir, acabar con el capitalismo. En términos más cotidianos y concretos, creo que podemos y debemos esforzarnos por contribuir a generar un discurso alternativo, una estética de la resistencia, una poética antibélica.

No es una tarea específica de escritores y artistas, sino de todos y todas. El lenguaje es nuestro patrimonio más valioso, la sustancia misma de nuestra mente, y nuestra propia vida debería ser la mejor obra de arte, como decía Oscar Wilde, que a fuerza de ser frívolo descubrió que la superficialidad es el único pecado.

En estos momentos en que la dominación se ejerce mediante el discurso tanto como mediante las armas, a quienes no creemos en las armas, o todavía no nos hemos decidido a empuñarlas, nos queda la palabra. Nos queda el inviolable derecho y el irrenunciable deber de comprometernos activamente en la construcción y difusión de un nuevo discurso, un discurso de la colaboración y la fraternidad frente al viejo discurso de la competencia y el dominio.

(Contra el Imperio, 26 3 03)

LA LÍNEA DIVISORIA

Cuenta la leyenda que Rómulo, en el momento de fundar Roma, trazó una línea en el suelo y amenazó con matar a quien la cruzara. Su hermano Remo la cruzó, y Rómulo lo mató.

No es casual que el símbolo de la línea infranqueable (y el fratricidio, dicho sea de paso) sea un elemento clave del mito fundacional del Imperio por antonomasia. La línea es el límite, la frontera. Y cuando la línea se cierra, marca la diferencia entre dentro y fuera, entre propio y ajeno (entre propio e impropio), entre estar y no estar.

Hay muchas personas dispuestas a criticar el sistema, pero muy pocas capaces de cruzar la línea y convertirse en elementos “antisistémicos”, o sea, en marginales, en excluidos, cuando no en perseguidos. E incluso las críticas parciales al sistema hay que matizarlas y relativizarlas, hay que compensarlas con ataques explícitos al no-sistema, no vaya a ser que nos criminalicen. Estoy contra la invasión de Iraq, pero hay que echar a Sadam. Estoy contra el bloqueo de Cuba, pero Fidel es un dictador. Estoy contra la tortura y la represión en Euskal Herria, pero “condeno” públicamente a ETA... Que quede claro que, aunque crítico y librepensador, estoy a este lado de la línea, soy un demócrata.

¿Y dónde está la línea? En este momento, la línea divisoria entre lo oficialmente tolerable y lo intolerable, entre la asunción y el rechazo del orden establecido, la determina el término “terrorismo”. El término, no la cosa en sí, que en el discurso dominante se contraponen adialécticamente, demagógicamente, al término “democracia” (no a la cosa en sí, puesto que la cosa en sí no existe). Según los socialdemócratas y los neoliberales, las democracias occidentales constituyen un logro definitivo (el fin de la historia) y solo el “terrorismo” las amenaza, por lo que cualquier esfuerzo --y cualquier desmán-- está justificado para acabar con esa plaga. En consecuencia, puedes criticar el sistema, pero solo desde dentro, sin dejar de ser “demócrata”, porque de lo contrario pasas al otro lado, te conviertes en un filoterrorista, un terrorista potencial, un demonio.

Por eso los timoratos no pueden expresar su solidaridad con Iraq o con Cuba (por no hablar de Palestina) sin añadir que están contra las “dictaduras”

de Sadam y de Fidel (para el discurso dominante, “dictadura” y “terrorismo” son antónimos de “democracia”, y por lo tanto son sinónimos entre sí).

Cuando nos oponemos a la lapidación de una adúltera, no nos apresuramos a condenar el adulterio (a pesar de que para muchos --por ejemplo, los católicos-- es condenable), ni siquiera dedicamos unas palabras al sufrimiento del cornudo. ¿Por qué, entonces, muchos de los pocos que se oponen a la Ley de Partidos se sienten obligados a condenar a ETA en el mismo párrafo en el que denuncian una aberración jurídica?

¿Por qué al denunciar el bloqueo y las continuas agresiones imperialistas a Cuba, hay que condenar el fusilamiento de tres secuestradores? Si hablamos de la pena de muerte, habrá que decir, por supuesto, que en Cuba no ha sido abolida y que, excepcionalmente, todavía se aplica (como, por desgracia, en tantos países). Pero si hablamos de los millones de dólares que el Gobierno de Estados Unidos dedica a comprar e infiltrar espías y terroristas en Cuba, estamos hablando de otra cosa. Y, en ese contexto, exigirle a Castro que no reprima a la “oposición pacífica” es, sencillamente, una necesidad o una infamia. Puestos a condenar, ¿por qué no condenamos también a Cuba por basar su economía en productos tan poco saludables como el tabaco, el alcohol, el café y el azúcar... en vez de basarla en la guerra y el expolio, como las “democracias” occidentales?

La clave de estos y otros despropósitos similares está en la famosa declaración de guerra de Bush del 12-S, esa frase que le pidió prestada a Hitler: “Quien no está con nosotros, está contra nosotros”. Quien no comparte nuestro aberrante concepto de democracia es un terrorista. Por eso muchos, cuando se atreven a criticar algún atropello del poder, sienten la necesidad compulsiva de aclarar que no están del otro lado. Con lo cual les hacen el juego a los canallas que dicen que estar contra la guerra es apoyar a Sadam, o que oponerse a la Ley de Partidos es estar con ETA, o que denunciar las agresiones imperialistas a Cuba es aprobar los fusilamientos (y el tabaquismo, de paso).

Es sorprendente que nadie haya dicho todavía que oponerse a las lapidaciones de adúlteras es contribuir a la destrucción de la familia.

(Contra el Imperio, 27 03)

EL TAMAÑO DE LA REVOLUCIÓN

Debo reconocer que cuando, en mi juventud, visité algunos países de la Europa del Este me llevé una amarga decepción. Junto a logros innegables y muy importantes, percibí un generalizado desánimo, un excesivo silencio, una difusa tristeza social. Tuve que admitir ante mí mismo que, tal vez por comodidad o cobardía (es decir, en función de unos privilegios personales a los que me resistía a renunciar), prefería vivir en la seudodemocrática Italia o en la España tardofranquista.

Se ha hablado mucho de las causas del fracaso del socialismo soviético: la elitización de la nomenclatura, la hipertrofia de la burocracia, la ineficiente planificación económica... Y sin duda son estas (sin olvidar el implacable acoso del imperialismo estadounidense y del mundo capitalista en general) las causas últimas del desmoronamiento del llamado “socialismo real”. Pero cabría señalar, como causa inmediata (consecuencia de las anteriores, pero causa a su vez de la fragilidad del tejido social), la tristeza colectiva. La revolución es necesariamente dura, pero no puede ser triste.

La ineficacia económico-administrativa de la Unión Soviética (baste recordar el fracaso de los “planes quinquenales”) se debió, en buena medida, a su gigantismo. Si el telégrafo hizo posible la revolución, para gestionarla habría sido necesaria la informática (no hace mucho, en Quito, hablaba con el matemático escocés Paul Cockshott y el físico cubano Raimundo Franco de la necesidad de crear un nuevo hardware para poder planificar eficazmente la producción de un país industrializado: ni siquiera las poderosas herramientas informáticas actuales son suficientes para ello). Y una gestión ineficaz propicia la hipertrofia de la burocracia (la “sobrerrepresión”, como diría Marcuse) y la corrupción (y viceversa). Es decir, la tristeza colectiva, el deterioro del tejido social.

No me parece exagerado afirmar que una de las claves del triunfo de la revolución cubana fue (sigue siendo, puesto que una revolución no es un hito histórico sino un proceso continuo) su reducido ámbito territorial y demográfico. Cuba tenía, al comienzo de la revolución, una población equivalente a la que hoy tiene Madrid, y en la actualidad no supera la de algunas grandes ciudades. Tal vez tenga que ser esta (al menos al principio, al menos por ahora) la escala de la revolución, su tamaño humano, la dimensión de su entusiasmo, de su irrenunciable alegría de vivir. Tal vez la revolución, como ocurrió con la civilización misma, tenga que germinar y consolidarse en pequeños e intensos focos, capaces de irradiarla luego a su alrededor, de transmitirla por emulación, como se transmiten los grandes descubrimientos, como la está transmitiendo Cuba a toda Latinoamérica.

Lo cual, por cierto, conferiría un sentido trascendente, revolucionario, a determinados proyectos nacionalistas planteados desde la izquierda. Tal vez en Euskal Herria sea posible, por sus abarcables dimensiones y su fuerte cohesión social, llevar adelante, a partir de la autodeterminación, un proceso capaz de culminar en una democracia realmente participativa. No me parece casual que el pueblo vasco sea, junto con el cubano, uno de los más hospitalarios y vitales del mundo, puesto que estas cualidades dimanarían de un tejido social tupido y sólido, la clase de tejido capaz de resistir los zarpaos de los opresores.

Y esa potencialidad transformadora, revolucionaria, es también la clave del encono con que tanto los neofascistas como los socialdemócratas atacan el nacionalismo vasco (que es el mismo encono con que atacan a Cuba). Porque podría convertirse en una alternativa real, viable, a la globalización neoliberal, al pensamiento único, al neocolonialismo imperialista, al capitalismo, en última instancia. Y podría cundir el ejemplo.

(Contra el Imperio, 16 10 03)

CANTIDAD Y CALIDAD

La conversión de la cantidad en calidad (CCC) es uno de los conceptos básicos de la dialéctica. No solo en la economía y en la sociedad, sino en la propia naturaleza, en el comportamiento mismo de la materia, abundan los ejemplos de este fenómeno, y la imparable reacción en cadena que se produce al alcanzar la masa crítica una sustancia radiactiva ha sido utilizada a menudo como metáfora de la revolución.

Pero no todos los casos de CCC son positivos, ni en todos ellos se puede entender “calidad” en un sentido meliorativo. Una mentira repetida insistentemente por los medios de comunicación de masas (y los primeros en hacer de ello una estrategia explícita fueron los nazis) no se convierte en verdad, pero puede desplazar a la verdad, arrinconarla. A efectos prácticos, la mentira cuantitativamente –masivamente-- reforzada por los medios usurpa el lugar de la verdad.

Ya nadie cree que en Iraq haya armas de destrucción masiva. Todo el mundo sabe que Estados Unidos quiere apoderarse del petróleo iraquí y

hacerse con el control estratégico de la zona. Nadie ignora que el Gobierno de Aznar apoyó la invasión de Iraq en contra de la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles. ¿Han tomado la Moncloa las masas enardecidas por la más justa de las indignaciones? No. ¿Cómo es posible? Porque nuestros repulsivos medios de comunicación repiten a todas horas, de forma más o menos solapada, que la masacre sistemática de iraquíes y palestinos (no olvidemos que ambos conflictos son inseparables), el saqueo de Bagdad, el asesinato de José Couso y el sinfín de atropellos cometidos por Bush, Blair, Aznar y compañía, son necesarios para luchar contra el “terrorismo” y defender la “democracia”. Y si mucha gente, a fuerza de oírlo miles de veces, puede llegar a creer que Coca Cola es la chispa de la vida o que la felicidad pasa por tener un automóvil que corra el doble de lo permitido por la ley y por la más elemental sensatez, ¿por qué no iba a creer que hay que asesinar a dos millones de iraquíes, la mitad de ellos niños, para que ETA deje de matar?

Cuando, al final de la II Guerra Mundial, los aliados entraron en los campos de concentración nazis, obligaron a la población alemana a visitarlos, porque no habían querido enterarse de los horrores que allí se cometían. ¿Cuándo visitará Guantánamo la población estadounidense? ¿Cuándo se enterarán los “demócratas” españoles de que Amnistía Internacional, la ONU, la Asociación Contra la Tortura y otras organizaciones están hartas de denunciar, año tras año, que en el Estado español se tortura impunemente?

Si la CCC fuera un proceso lineal, mecánico, la mentira, cualquier mentira, se impondría con la misma fuerza (bruta) que la Coca Cola. Pero es un proceso dialéctico, que conlleva su recíproco: la conversión de la calidad en cantidad.

El pajar sepulta la aguja y la hace casi inencontrable. Pero basta una chispa para incendiar un pajar (o un bosque, como decía Mao), y una vez quemada la paja, reaparece la aguja, intacta.

En un mundo de más de seis mil millones de habitantes, la heroica lucha de once millones de cubanos podría parecer insignificante, sobre todo si se tiene en cuenta que la primera potencia mundial lleva más de cuatro décadas dedicando una considerable fracción de su energía y sus recursos a intentar acabar con ellos. Pero Cuba es la chispa que ha encendido la mecha del polvorín americano, que pronto les estallará en las manos a los depredadores imperialistas.

La resistencia iraquí, frente al ejército estadounidense, es menos que un tirachinas palestino frente a un tanque sionista. Pero las chinas, en Iraq y en Palestina, provocarán una avalancha, la están provocando ya.

Anika Gil, con su valeroso testimonio de mujer impunemente ultrajada en las más hediondas cloacas del poder, ha puesto en evidencia a la Guardia

Civil, cuyo inadmisibile silencio ante tan graves acusaciones equivale a un reconocimiento de culpa. Y la admirable familia de José Couso tal vez haga perder las elecciones a los cómplices de sus asesinos.

La calidad se convierte en cantidad por el efecto multiplicador e incendiario de la verdad. Y esa cantidad cada vez mayor de personas que se sustraen a los mecanismos estupefacientes de los medios, es decir, a las mentiras del poder, está dando paso a su vez a una nueva calidad social y política.

Nunca el poder de los canallas que gobiernan el mundo fue tan grande; pero su mismo gigantismo lo hace más vulnerable. Nunca la dignidad estuvo tan acorralada; por eso descubre cada día nuevas formas de expresión y de lucha. Nunca los agujones de la verdad estuvieron sepultados bajo tan enormes masas de paja mediática; pero nunca saltaron tantas chispas como ahora, por todas partes.

(Contra el Imperio, 13 1 04)

CAMBIO DE PARADIGMA

Filosofía y ciencia

Hace unos años le pregunté a Stephen Hawking cómo veía la relación actual entre filosofía y ciencia, y me contestó: “Ahora los filósofos solo se dedican al lenguaje, y los científicos tenemos que ocupar el lugar que han dejado vacante”. Los antiguos filósofos fueron los primeros científicos. Los nuevos científicos son los últimos filósofos.

En *Dialéctica de la naturaleza*, dice Engels: “Los científicos creen librarse de la filosofía ignorándola o despreciándola. Pero puesto que sin pensamiento no pueden avanzar y para pensar necesitan pautas de pensamiento, y toman dichas pautas, sin darse cuenta, del sentido común de las llamadas personas cultas, dominado por los residuos de una filosofía ampliamente superada, o de ese poco de filosofía que aprendieron en la universidad, o de la lectura acrítica y asistemática de textos filosóficos de toda índole, no son en absoluto menos esclavos de la filosofía, sino que la mayoría de las veces lo son de la peor; y los que más desprecian la filosofía son esclavos precisamente de los peores residuos vulgarizados de la peor filosofía”.

A primera vista, Hawking parece contradecir a Engels; pero, en última instancia, está señalando el mismo problema (la misma dicotomía) desde un

ángulo y un momento diferentes.

Los “intelectuales” (con las comillas quiero señalar que me refiero a lo que habitualmente se entiende por tales) suelen ser gente de letras. Y, viceversa, los científicos no suelen ser considerados (ni considerarse a sí mismos) intelectuales. Sin embargo, hablar de los problemas económicos, políticos y sociales sin saber matemáticas (sin conocer, por ejemplo, la teoría de la información o la teoría de juegos), es, hoy más que nunca, una impostura. Una impostura tan grande, y tan frecuente, como arrogarse el título de filósofo sin un profundo conocimiento de la física del siglo XX y de la lógica posterior a Gödel. La vieja advertencia platónica: “Que no entre aquí quien no sepa geometría”, sigue en la puerta de la Academia. Solo que ahora la geometría ya no es euclídea y la advertencia está en un idioma que muchos supuestos “pensadores” no entienden.

El anaritmismo (la incapacidad de leer el lenguaje de los números) es uno de los grandes problemas de nuestra cultura, y afecta de forma alarmante a la mismísima élite intelectual. Y el discurso sociopolítico se resiente gravemente de ello.

Marxismo y ciencia

Decía Popper (cuyas contribuciones a la epistemología no se pueden ignorar, a pesar de su lamentable deriva senil hacia la derecha) que el marxismo, en el que creyó en su juventud, lo había decepcionado por sus infundadas pretensiones científicas y la falta de rigor de sus “profecías”. Venía a decir sir Karl (como se hacía llamar al final de su vida) que él, junto a tantos otros ingenuos, había luchado contra el capitalismo creyendo que su caída era inevitable, como asegura Marx. Al comprender que el pronóstico carecía de base suficiente, se había sentido profundamente decepcionado y había abandonado la lucha. Le escribí, al respecto, lo siguiente: “Su argumento parece sugerir que solo hay que luchar si la victoria está asegurada de antemano, cuando lo cierto es más bien lo contrario: si el capitalismo llevara en su seno el germen de su propia destrucción, como afirma Marx, y su caída fuera inevitable, entonces podríamos relajarnos, como puede relajarse el médico cuando la curación del enfermo es segura o el bombero que sabe que el fuego va a extinguirse por sí solo. Precisamente porque la caída del capitalismo no es inevitable (mejor dicho, no sabemos a ciencia cierta si lo es o no), porque la victoria no está asegurada de antemano, tenemos que luchar con todas nuestras fuerzas”. Nunca me contestó.

El marxismo no es una ciencia, y el hecho de que muchos de sus seguidores atribuyeran a sus formulaciones el rango de leyes científicas ha sido una de las

causas del fracaso del llamado “socialismo real”. El marxismo no es una ciencia, pero tiene una clara vocación científica y sabe que necesita de la ciencia. Tanto como la ciencia necesita del marxismo para dejar de ser esclava del capital.

Pensamiento y acción

El intelectual rumiante (que come y regurgita papel impreso) es una especie domesticada que solo vive en las granjas, los zoos y los circos del poder. La “soledad solidaria” de la que hablaba Aranguren (la del pensador preocupado por los problemas sociales, pero aislado en su torre de marfil) ya no es suficiente, si es que alguna vez lo fue. El mero hecho de obtener información veraz se ha convertido, en estos tiempos de manipulación mediática global, en una tarea incompatible con el tradicional aislamiento de los cenáculos culturales.

Las movilizaciones y los foros sociales necesitan de la participación de los intelectuales (es decir, de quienes han hecho de la cultura y la comunicación su oficio); pero estos, a su vez, no pueden desarrollarse sin participar activamente en dichos foros y movilizaciones. La dialéctica teoría-praxis bien entendida empieza por uno mismo. Y no vale decir que la generación de teoría es en sí misma una praxis, en un momento en el que sin verdadera praxis (sin participación directa en los procesos sociopolíticos) es imposible tan siquiera acceder a la información necesaria para generar nueva teoría.

Los intelectuales necesitan más “formación física” en ambos sentidos de la expresión: no solo tienen que aprender física (y matemáticas: sin pensamiento cuantitativo, las posibilidades de predicción y transformación son muy escasas), sino que han de mejorar su forma física y no desdeñar la acción, el movimiento, la lucha.

La colmena utópica

Hay otra razón por la que los intelectuales tienen que salir urgentemente de sus madrigueras. Y de sus países.

Por las características mismas de su trabajo, el intelectual y el artista tienden al individualismo. Y en estos momentos de guerra abierta del poder contra la razón y la cultura, la lucha individual no es suficiente. Los intelectuales (sin perjuicio de otras formas de organización) tienen que organizarse “gremialmente”, planear y llevar a cabo empresas colectivas. Las movilizaciones masivas no serían más que clamorosos testimonios si no dieran lugar a la aparición de “propiedades emergentes”, de nuevas formas de relación y organización en y entre los diversos estamentos sociales. Y el estamento intelectual no puede ser una excepción.

El pensador-jardinero que cuida su hortus conclusus y ocasionalmente regala (o vende, más bien) sus flores y frutos a los simples mortales del mundo exterior, ha de dejar paso al pensador-abeja capaz de trabajar en enjambre y de defender la colmena con su aguijón. La colmena utópica, tanto en el sentido literal (no está en un lugar concreto ni tiene una realidad física) como en el literario: el laboratorio de ideas donde colectivamente se proyecta y se prepara la utopía (que no es lo imposible, sino lo imposibilitado por unas circunstancias que hay que subvertir, como nos recuerda Alfonso Sastre).

La caída de Constantinopla en poder de los turcos, a mediados del siglo XV, no solo marca el comienzo de la Edad Moderna, sino que la hace posible. La huida de los sabios bizantinos a la Europa occidental (sobre todo a Florencia, Venecia, Bolonia y otras ciudades italianas) dio un impulso decisivo al Renacimiento, pues con ellos, con sus bibliotecas, volvieron, para reinar en las universidades y en las cortes ilustradas, Platón y Aristóteles, Pitágoras y Euclides (que los árabes ya habían empezado a introducir por Andalucía). Ahora que la vieja Europa es una gran Bizancio de decadente cultura sometida a los nuevos depredadores imperialistas, los intelectuales europeos tienen que viajar espiritualmente (y también físicamente, cuanto más mejor) a Latinoamérica, donde un nuevo Humanismo y un nuevo Renacimiento han encontrado en Engels y Marx su Sócrates y su Epicuro. Y no es que la historia se repita: simplemente, permanece. Lo que describe círculos (aunque solo aparentes: en realidad son los ciclos abiertos de una espiral en expansión) es nuestra mirada; nuestra memoria, que constantemente recuerda y olvida las lecciones del pasado.

Desde que la revolución galileana inauguró la ciencia tal como hoy la entendemos, un científico es necesariamente un experimentador. Desde que Marx y Engels dejaron claro que la función de la filosofía es cambiar el mundo, y no solo explicarlo, los pensadores que no son también hombres --o mujeres-- de acción no son gran cosa, máxime en situaciones de catástrofe material y moral como la que nos ha tocado vivir. Parafraseando a Marañón, el intelectual que es solo un intelectual no es ni siquiera un intelectual. Hay que participar personalmente en los foros y en las movilizaciones sociales. Hay que ir a Iraq y a Palestina. Hay que ir a Cuba y a Venezuela, a Brasil y a México. Y no a dar lecciones, precisamente, sino a aprender.

La torre y el púlpito

La función del intelectual no es ni puede ser otra que la de buscar, difundir y defender la verdad. Y la verdad es revolucionaria, como nos recuerda Lenin. Luego el intelectual, si no es un impostor, está, por definición, al servicio de la revolución. Denunciar las mentiras, sofismas y tergiversaciones del poder es

su irrenunciable misión. Pero el intelectual es un privilegiado, y a menudo luchar contra los poderes establecidos significa luchar contra los propios privilegios. Algunos lo hacen (todos, en realidad: los demás son impostores), pero muy pocos llevan la lucha hasta sus últimas consecuencias. Y uno de los privilegios a los que el intelectual casi nunca renuncia es el púlpito.

Como si pasar directamente de la torre de marfil al nivel del suelo fuera un salto demasiado brusco, la mayoría de los intelectuales se detienen en un escalón intermedio: el púlpito, la cátedra o la tribuna. Se acercan a los viles mortales lo suficiente como para ser oídos, pero manteniéndose a una prudencial altura por encima de sus cabezas. Y desde el púlpito pueden hablar sin medida y sin temor a ser interrumpidos por su auditorio cautivo.

En una conversación normal, nadie habla ininterrumpidamente durante una hora seguida o más, y si alguien lo intenta, sus interlocutores lo interrumpen o le administran un tranquilizante. Las conferencias y mesas redondas deberían consistir en breves exposiciones introductorias seguidas de debates abiertos. Soltar un discurso (máxime cuando el orador, como ocurre a menudo, se limita a leer un texto en voz alta) solo tendría sentido ante un público analfabeto; de lo contrario, sería mucho más razonable darles a los interesados la ponencia escrita para que cada cual la leyese donde y cuando quisiera. Los discursos solo tienen sentido (si lo tienen) cuando el auditorio no puede participar (porque es excesivamente numeroso o porque el orador se dirige a él mediante la radio o la televisión).

A mediados de febrero, participé en La Habana en una larga mesa redonda (ocupó dos mañanas enteras) sobre el mercado de las ideas y el papel de los intelectuales. Pocas veces he tenido unos compañeros de mesa tan competentes (Atilio Borón, Luis Britto, Heinz Dieterich, James Petras) y un auditorio tan selecto (en primera fila, Irene Amador, Eva Forest, Abel Prieto, Iroel Sánchez, Eva Sastre...). Fue muy interesante, pero podría haberlo sido mucho más si hubiera habido más tiempo para el debate. Además, no solo las ponencias, sino también los propios ponentes éramos excesivamente homogéneos. Como señalaron nuestras amigas de la primera fila, todos éramos “hombres, blancos y viejos” (mientras que en el público abundaban las mujeres, los negros y los jóvenes).

Hay que escuchar a los ancianos de la tribu, por supuesto; pero no solo a ellos, y menos en estos tiempos vertiginosos. Y, desde luego, hay que escuchar a las mujeres (más que a los hombres, que llevamos demasiado tiempo monopolizando el discurso público). Y a los “hiperpigmentados”, como se autodenominan irónicamente algunos caribeños.

La revolución pacífica

Más que un oxímoron, “revolución pacífica” parece una contradicción in términos. ¿Cómo se puede expulsar pacíficamente del poder a quienes defienden sus privilegios con la más brutal de las violencias?

Y sin embargo, la revolución es fundamentalmente “pacífica”, en el sentido de que su causa es la paz (la Irene de los griegos: la Paz hija de la Justicia, la única deseable, la única posible). Y también su efecto. Y, al parecer, en determinadas circunstancias la revolución también puede ser pacífica en el sentido más coloquial del término. De hecho, la revolución cubana fue poco cruenta, y la venezolana, por ahora, todavía menos.

Cuando los politólogos empezaron a hablar de la cubanización de Venezuela, Fidel Castro replicó que era Cuba la que se estaba venezolanizando. Las dos cosas son ciertas. Venezuela aprendió de Cuba, y Cuba aprende de Venezuela. Y toda Latinoamérica (y todo el mundo) tiene que aprender de ambas. Hace poco hablaba de ello con Adina Bastidas, ex vicepresidenta del Gobierno venezolano. Como ocurre con otras disciplinas protocientíficas, lo que impide a la politología convertirse en una ciencia propiamente dicha es la imposibilidad de diseñar y llevar a cabo experimentos controlados. De ahí la extraordinaria importancia (no solo histórica, sino también teórica) de ese gran “experimento” que es la revolución bolivariana (y de ese largo experimento que sigue siendo la revolución cubana). Hay muchas conclusiones que sacar, muchas cosas que aprender, muchas teorías que revisar a la luz de lo que está pasando en Latinoamérica. Y no solo en Cuba y en Venezuela. El zapatismo, el MST brasileño, los distintos movimientos indigenistas... Esos son los grandes laboratorios políticos, y las nuevas ideas tienen que forjarse o templarse en sus crisoles.

El nuevo paradigma

¿En qué consiste y cómo se lleva a cabo el cambio de paradigma? Contestar a esta pregunta es, precisamente, una de las principales tareas que nos impone la actual crisis (por no decir catástrofe) política, cultural y moral.

Algunas líneas de reflexión y de trabajo están bastante claras (en los párrafos anteriores he intentado esbozarlas), y pasan por la superación de dicotomías y oposiciones sólidamente instauradas: ciencia-filosofía, ciencia-religión, ciencias-letras, pensamiento-acción, maestro-discípulo, orador-auditorio, hombre-mujer, joven-viejo... Y no es casual que la ciencia sea uno de los términos recurrentes de las dicotomías a superar. Porque la ciencia, en el sentido galileano de cuantificación del saber (“Hay que medir todo lo que es medible y hacer medible lo que no lo es”), es la gran protagonista y la herramienta básica de la revolución cultural que nos traerá un nuevo paradigma, una nueva visión del mundo. Una nueva visión del mundo que no

desaproveche nada de la antigua, cuya culminación-superación es el marxismo. Actualizarlo, eliminar sus restos de dogmatismo, feminizarlo, matematizarlo..., esa es la tarea. Marx y Engels nos legaron un magnífico borrador: hay que corregirlo y aumentarlo, hay que pasarlo a limpio. Pero no de una vez por todas, sino continuamente.

Huelga señalar que los intelectuales tienen una responsabilidad muy especial y mucho trabajo por hacer. Y su primera obligación es la de formarse e informarse debidamente. Se habla mucho, y con razón, del derecho a la educación y del derecho a la información. Pero, para quienes han hecho de la cultura y la comunicación su oficio, formarse e informarse es, ante todo, un deber cotidiano.

Y no todo está en los libros (nunca estuvo todo en ellos, pero hoy menos que nunca). Hay que visitar las nuevas ágoras y las nuevas palestras, tanto virtuales como físicas. Hay que salir de las torres y de los claustros. Hay que apearse de los púlpitos y de las cátedras. Hay que asumir todos los riesgos, incluso el de hacer el ridículo.

Según una vieja metáfora recientemente recuperada por el subcomandante Marcos, el intelectual ha de convertir su pluma en una espada. Pero en los tiempos que corren también ha de estar dispuesto a empuñar espadas menos metafóricas; como me consta que están dispuestos a hacer (o ya lo hicieron) algunos intelectuales cubanos y venezolanos de primera fila.

Hacer de la pluma una espada. Y, si es preciso, cambiar la pluma por la espada. Y hacer de la espada una pluma.

(Rebelión, 3 3 04)

VOTACIÓN ESPONTÁNEA

Tras su derrota electoral, Rajoy declaró en una entrevista que sabía quién había convocado la manifestación del 13 de marzo pero no quería decirlo. Por una vez, dijo la verdad. El Gobierno sabe perfectamente quién puso en marcha la movilización social que le dio el golpe de gracia, y tiene buenos motivos para no decirlo. Porque la metamaniestación (si se me permite el término un tanto pedante, que luego intentaré justificar) de la víspera de las elecciones fue un maravilloso ejemplo --y, para el poder, un alarmante precedente-- de

movilización “autopropulsada”.

¿Quién inventa los chistes? Algunos tienen autor, conocido o no, pero muchos --los mejores, seguramente-- son fruto de un proceso de decantación parecido a la selección natural. Alguien hace un comentario ocurrente, cuenta una anécdota divertida o tiene un lapsus gracioso. Empiezan a circular diversas versiones (mutaciones) del comentario, la anécdota o el lapsus, y una de esas versiones, especialmente feliz, sintética, oportuna, se consolida y se propaga de boca en boca (se reproduce) hasta hacerse un hueco en el complejo ecosistema de la cultura oral. Lo interesante del proceso (y la clave de su potencia) es que cada persona que oye un chiste decide automáticamente si merece ser transmitido o no. Si el chiste es “bueno” (es decir, si cumple eficazmente su mínima función subversiva) se difunde con extraordinaria rapidez, y cada vez que alguien lo cuenta está eligiéndolo entre muchos candidatos a ser contados, está “votando” por él.

Con los mensajes que circulan por Internet y a través de los teléfonos móviles ocurre algo similar. Constantemente llegan propuestas, peticiones y convocatorias de toda índole. La mayoría no tienen ningún éxito. Algunas consiguen una atención moderada. Y unas pocas logran poner en marcha el incontenible mecanismo de las progresiones geométricas y obtienen una respuesta masiva: eso es, sencillamente, lo que ocurrió el 13 de marzo.

A las cinco y media de la tarde había en la calle Génova de Madrid, frente a la sede del PP, medio centenar de personas. Un “núcleo de condensación” más que suficiente, si la situación es propicia. Tras unos minutos de frenética actividad de los teléfonos móviles, la autoconvocatoria se había difundido por toda la ciudad, por todo el país.

Podría no haber sido así. La concentración frente a la sede del PP podría haberse reducido a las cincuenta personas iniciales, o a unos pocos cientos más. Si el número inicial se centuplicó en una hora, y luego siguió creciendo durante todo el día y casi toda la noche, en todo el país, fue porque la gente ya había decidido, previamente, manifestar de alguna manera su indignación y su repulsa (Cardenal lo va a tener difícil si quiere encausar a los convocantes de la manifestación del 13 de marzo: son --somos-- cientos de miles).

Para que la votación espontánea que consagra los chistes y otras formas de subversión tuviera una eficacia inmediata, solo faltaban instrumentos que hicieran posible la interconexión de la ciudadanía en tiempo real, el flujo reticular e instantáneo de la información (que sustituye a las consignas, las hace innecesarias; luego volveré sobre este punto). Y ya los tenemos. Los ordenadores todavía no están al alcance de todos, pero los teléfonos móviles sí. Y la acción combinada --sinérgica-- de Internet y la telefonía móvil permite improvisar, en cualquier momento y desde cualquier sitio, un ágora utópica

(en el doble sentido del término: no está en ningún lugar físico y apunta hacia la utopía), un foro instantáneo. O un referéndum extraoficial (y por eso mismo inapelable), una votación espontánea (por lo tanto, ningún Gobierno podrá impedir, por ejemplo, que el pueblo vasco se pronuncie con respecto a la autodeterminación o a cualquier otro asunto de interés general: ya existen los recursos tecnológicos y morales necesarios para que una sociedad tan desarrollada y sólidamente estructurada como la de Euskal Herria manifieste de forma inequívoca su voluntad colectiva, y lo hará muy pronto).

Pero la movilización del 13 de marzo fue también --y sobre todo-- la culminación de un proceso, y no se habría producido sin las multitudinarias manifestaciones contra la guerra del año pasado, sin la protesta de los Goya, sin la ejemplar lucha de la familia Couso y otros precedentes memorables. Como señala Marx, la importancia de las movilizaciones sociales estriba, más que en sus logros inmediatos, en su capacidad de transformar a quienes participan en ellas. Ténganlo muy en cuenta los agoreros que dicen: “¿De qué sirven las manifestaciones, si luego la gente vuelve a su casa y sigue haciendo su vida normal?”. La gente que vuelve a su casa después de una movilización no es la misma que antes de participar en la lucha, y esa es su mayor victoria.

En la metamanifestación del 13 de marzo confluyeron las estrategias y los logros de las principales acciones de los últimos dos años y medio: concentraciones, caceroladas, vigiliadas, sentadas, pasacalles, mítines, pintadas, itinerarios múltiples, circuitos recurrentes... Y una parte importante de la “marcha” juvenil nocturna se sumó a la protesta: la movida se convirtió en movilización. La manifestación lineal --con un horario y un recorrido predeterminados, convocada oficialmente, con consignas previas, negociada con el poder-- es un modelo a superar, y el 13 de marzo fue ampliamente superado.

No necesitamos permiso de nadie para salir a la calle. La calle es nuestra, por definición, por más que la momia de Fraga siga boqueando. No necesitamos consignas ni instrucciones de uso de la ciudad: la información fluida y descentralizada permite ir configurando las movilizaciones sobre la marcha (nunca mejor dicho). La comunicación reticular instantánea permite expresar la voluntad del pueblo de forma inmediata e insobornable. Un Gobierno ha caído, y otro tiembla, ante la potencia incontenible de esta revolución sin precedentes. Que no ha hecho más que empezar.

(Contra el Imperio, 23 3 04)

TERRORISMO JUDEOCRISTIANO

Si los canallas y los idiotas mediáticos, siguiendo las consignas de los canallas y los idiotas políticos, insisten en hablar de “terrorismo islámico”, no habrá más remedio que salir en defensa de la razón, la justicia y el lenguaje esgrimiendo --tendiéndoles a modo de espejo-- la inevitable fórmula complementaria. Porque, del mismo modo que no se puede hablar del “terrorismo etarra” sin hablar también --y ante todo-- del terrorismo de Estado, no se puede hablar de “terrorismo islámico” sin hablar también --y ante todo-- del terrorismo judeocristiano, incomparablemente más brutal, abyecto y devastador.

Frente a la invasión de Iraq, frente a los bombardeos sistemáticos de barrios residenciales, escuelas y hospitales, las mayores atrocidades del “terrorismo islámico” son meras chapuzas de aficionados. Frente a la ocupación sionista de Palestina, frente a las masacres y demoliciones sistemáticas en los campos de refugiados, los mártires que se inmolan en un autobús o un restaurante de los opresores son meros gritos de desesperación.

Las tropas de ocupación que en Iraq disparan contra manifestantes armados de piedras, son terroristas judeocristianos que no merecen otra valoración ni otro trato que los más repugnantes sicarios del crimen organizado. Como los sionistas que matan a mujeres y niños desde sus tanques y sus helicópteros.

Con la particularidad de que el terrorismo judeocristiano no solo es infinitamente más brutal, abyecto y devastador que el “terrorismo islámico”, sino que además es su causa directa y necesaria (del mismo modo, dicho sea de paso, que la religión judeocristiana es la madre del islamismo, y que el fundamentalismo judeocristiano es el padre del fundamentalismo islámico). Sin el criminal embargo que a lo largo de doce años mató a dos millones de iraquíes y sin la masacre sistemática del pueblo palestino, no habría habido un 11-S. Sin el criminal contubernio del “trío de las Azores”, no habría habido un 11-M. Y los canallas e idiotas que insisten en negar lo evidente (algunos políticos del PP siguen diciendo que el apoyo de su Gobierno a la invasión de Iraq no tiene nada que ver con los atentados de Atocha) constituyen el despreciable “entorno” --devolvámosles también ese término que tanto les gusta-- del terrorismo judeocristiano. Por no hablar de quienes sostienen que retirar las tropas de Iraq sería dar la razón a los terroristas (por la misma regla de tres, los delincuentes tendrían que seguir delinquiendo al salir de la cárcel para no dar la razón a un sistema penitenciario brutal). Por no hablar del impresentable Bono, a quien le ha faltado tiempo para correr a bajarse los

pantalones, en nombre del próximo Gobierno, ante el carnicero Rumsfeld. Por no hablar de las pataletas neofascistas de Antonio Elorza, a cuya islamofobia ya he aludido en más de una ocasión, y cuya presencia en El País como colaborador habitual da idea de la degradación de dicho diario...

El 12 de septiembre de 2001, en un artículo titulado “Contra el Imperio” (que ningún periódico quiso publicar y que acabó convirtiéndose en un libro y una página web), escribí: “Independientemente de quienes hayan sido los autores materiales de los ataques del 11-S y sus promotores directos, el Gobierno de Estados Unidos, su Ejército y su oligarquía económica tendrán que asumir y pagar su enorme parte de culpa. Que nadie se asombre de que su complicidad con el sionismo genocida y sus brutales agresiones a pueblos como el iraquí, el sudanés o el libanés hayan convertido a Estados Unidos en el principal blanco de la cólera islámica. Que nadie se asombre de que el principal productor y exportador de terrorismo del mundo acabe probando su propia medicina. Que nadie se deje engañar por quienes intentan convertir los ataques del 11-S en una justificación de sus proyectos genocidas e imperialistas. Si hay una “internacional del terrorismo”, es la orquestada por las grandes multinacionales y sus políticos a sueldo. Que nadie se deje engañar por quienes intentan criminalizar toda forma de disidencia o de protesta social, desde los okupas hasta los movimientos antiglobalización. En Génova hemos podido ver recientemente quiénes eran los verdaderos criminales... Combatamos, sí, el terrorismo, pero empezando por sus formas más brutales e intolerables: el terrorismo de Estado y el terrorismo del capital. Las torturas sistemáticas en comisarías y prisiones, la brutalidad policial en la represión de las manifestaciones, la explotación despiadada de los recursos naturales y humanos, los embargos e incursiones militares contra poblaciones indefensas: esos son los más graves atentados terroristas contra la libertad, la dignidad y la vida. Hasta que no acabemos con ellos no podremos hablar de democracia, ni siquiera de civilización”.

Cambiando la S por una M y “Estados Unidos” por “Estado español”, el artículo, con pocas modificaciones más, podría haberlo escrito hoy. Espero no tener que volver a escribirlo dentro de unos meses.

(Contra el Imperio, 6 4 04)

TODOS SOMOS PUTAS

La metonimia es una figura retórica que consiste en tomar el efecto por la causa (o viceversa), el autor por la obra, la parte por el todo (aunque en este caso es más correcto hablar de sinécdoque), etc. Si la metáfora es una sustitución por semejanza, la metonimia es una sustitución por afinidad o proximidad. Pero, como todas las figuras retóricas, la metonimia es también una forma de interpretar la realidad y, en última instancia, un intento de controlarla simbólicamente. Por eso es uno de los recursos básicos de los sueños, de la poesía, de las perversiones, de la religión, de las ideologías...

¿Por qué la prostitución nos parece tan sórdida e indigna? Porque proyectamos en ella la sordidez de nuestra propia vida, nuestra propia indignidad de mercancías humanas. En una sociedad-mercado en la que todo (menos el cariño verdadero) se compra y se vende, en la que la inmensa mayoría de las personas vende la mitad de su vigilia (y la casi totalidad de sus sueños) por un puñado de monedas, la prostituta es la perfecta metonimia --a la vez emblema y chivo expiatorio-- de la degradación colectiva. Pues la p(rostit)uta (a la que un peyorativo síncope, como si no fuera digna ni de un nombre completo, convierte en “puta”) “vende” su cuerpo, mientras que los demás solo vendemos el alma, que no se ve (ni se toca), lo que nos permite proyectar nuestra humillación cotidiana, nuestra alienación, en otras servidumbres menos encubiertas, acaso menos hipócritas. La prostituta alquila su sexo, que se considera la parte más íntima y personal del individuo (“El cerebro es mi segundo órgano favorito”, dice Woody Allen, que no en vano es el ídolo de los mediocres, sobre todo de los varones). Pero quienes consideramos que nuestra parte más íntima y personal --nuestro primer órgano favorito-- es el cerebro, deberíamos reflexionar un poco sobre las múltiples formas de prostitución a las que nos aboca esta sociedad-mercado. No tomemos el efecto por la causa, la parte por el todo. Todos somos putas.

Las exquisitas presentadoras de televisión que, asomadas al balcón de su calculado escote, llaman “tropas de ocupación” a los terroristas judeocristianos que violan, torturan y asesinan a hombres, mujeres y niños iraquíes, y acto seguido, con la misma elegancia (esa elegancia imperturbable que las convierte en candidatas a princesas), llaman “radicales islámicos” a quienes heroicamente defienden a su pueblo de los terroristas, prostituyen algo más que sus seductoras sonrisas y sus calculados escotes. Por no hablar de los periodistas. ¿Qué decir, por ejemplo, de los columnistas de los principales diarios del Estado español que, al llamado de sus directores-madames (algunos con ligero y todo), se bajan los pantalones metafóricos

(metonímicos, mejor dicho) para poner su honra intelectual al servicio de los espúreos intereses de sus amos? ¿Cuánto cobra Juan Luis Cebrián por decir que el Che era un terrorista? ¿Cuánto cobra Fernando Savater por vender sus escasas neuronas y su carné de filósofo a quienes ven (y con razón) en la izquierda abertzale uno de los más peligrosos enemigos de la barbarie neoliberal? ¿Cuánto cobra Carlos Fuentes por cantar las alabanzas de un “empresario global” (ahora se llaman así) de la calaña de Gustavo Cisneros?

La reciente ofensiva desplegada por el Ayuntamiento de Madrid contra la prostitución callejera, además de su gravedad intrínseca, adquiere en estos momentos una notable importancia simbólica. Los mismos canallas que han apoyado la “liberación” de Iraq (por el expeditivo método de torturar, violar y asesinar a sus habitantes), quieren “liberar” a las prostitutas (sobre todo a las inmigrantes) estigmatizándolas, criminalizándolas y condenándolas a la miseria. La campaña iba a llamarse “Libertad duradera”, pero como el nombre ya estaba asignado a otra iniciativa de los mismos promotores, ha acabado llamándose “Plan contra la esclavitud sexual”. Y de nada sirve que las trabajadoras sexuales se manifiesten y declaren una y otra vez que no son esclavas de nadie, que tienen derecho a hacer con su cuerpo lo que les dé la gana: Botella y Gallardón (y algunas feministas de salón, dicho sea de paso) saben mejor que ellas lo que les conviene. Porque las trabajadoras sexuales son, ante todo, mujeres, y el patriarcado (el gran rufián de las verdaderas esclavas sexuales, que son las amas de casa) no puede tolerar que las mujeres sean dueñas de su propio cuerpo y abandonen el ámbito de sumisión en el que se intenta confinarlas desde el neolítico. Una mujer que explicita y autogestiona su sexualidad, que se alquila en vez de venderse, como las esposas, que tiene muchos clientes en lugar de un solo amo, es un paradigma perturbador, un espejo en el que pocos (y pocas) se atreven a mirarse.

En última instancia, lo que los neofascistas les niegan a los demás (sean iraquíes, vascos o mujeres) es el derecho a la autodeterminación. Y eso mismo, el derecho a la autodeterminación de las personas y de los pueblos, es lo que tenemos que defender por encima de todo, en todos los frentes, contra los verdaderos terroristas. Es decir, contra el terrorismo de Estado.

(Contra el Imperio, 5 6 04)

LA CUARTA HERIDA

Decía Freud que, a lo largo de la historia, la humanidad había sufrido tres grandes «heridas narcisistas», es decir, tres golpes de gracia en su orgullo colectivo como especie. La primera fue la revolución copernicana: no somos el centro del universo, sino los modestos inquilinos de un pequeño planeta que gira alrededor de una estrella periférica de una de las incontables galaxias perdidas en el espacio. La segunda fue la teoría de la evolución (que, por cierto, hace mucho que dejó de ser una teoría para convertirse en una evidencia irrefutable). La raza humana no es algo aparte, el resultado único e inigualable de un acto de creación especial, sino un eslabón de una cadena evolutiva que nos emparenta con todos los demás seres vivos y nos convierte en primos cercanos de los simios. La tercera gran herida narcisista fue, según Freud, el propio psicoanálisis, o, más exactamente, la constatación de que nuestra conducta viene determinada en gran medida por procesos inconscientes que no solo no controlamos, sino que ni siquiera conocemos.

No sabemos si Freud llegaría a darse cuenta de que, a principios del siglo XX, la humanidad sufrió una cuarta herida narcisista comparable a las tres anteriores, y en cierto modo aún más profunda. Tuvo tiempo de sobra (Freud murió en 1939), pero tal vez le faltaran la disposición mental y los conocimientos necesarios para reconocer los síntomas de esa cuarta herida. Pues muy pocos han comprendido, en los cien años que ya han transcurrido desde la formulación de la teoría de la relatividad, que esa deslumbrante revolución científica (consumada por la mecánica cuántica), a la vez que pone en nuestras manos un extraordinario poder, nos enfrenta a una insospechada impotencia intelectual. Einstein, que solía decir: «Si no puedo dibujarlo, no lo entiendo», nos ha legado, paradójicamente, un mapa del mundo indibujable. El nuevo modelo de la realidad que se desprende de la relatividad y de la mecánica cuántica es de una precisión maravillosa, pero a la vez resulta intrínsecamente incomprensible, inaccesible a la imaginación; más aún, ofensivamente contrario a la intuición. El espacio y el tiempo son nuestros referentes más básicos e inmediatos, el substrato de nuestras percepciones (es decir, de nuestra existencia misma, como ya lo comprendió Berkeley cuando dijo que ser es percibir). Y la relatividad demuestra que los dos absolutos newtonianos, los dos pilares de la realidad, no solo no son absolutos sino que ni siquiera son dos: forman una sola entidad indivisible y maleable, un inconcebible espacio-tiempo que se estira y se dobla como un chicle tetradimensional. Y, por si esto fuera poco, la mecánica cuántica añade que las inexorables cadenas de causas y efectos que hacen del mundo un lugar

ordenado y previsible no son más que la superficial apariencia macrofísica de un inconcebible microcosmos donde reina el azar.

Podríamos sumar a la lista una quinta herida, infligida en el corazón mismo de nuestra racionalidad por los teoremas de Gödel, que introdujeron en el aparentemente imperturbable campo de la lógica el concepto de indecidibilidad. No solo no controlamos plenamente la elusiva realidad exterior, sino ni siquiera nuestros propios constructos mentales: como demostró Gödel en 1931, no podemos enunciar sistemas lógicos de una cierta complejidad (como, por ejemplo, la aritmética elemental) que sean coherentes y completos, pues siempre contendrán proposiciones indecidibles, es decir, de las que no podremos decir si son ciertas o falsas.

Corren, pues, malos tiempos para el dogmatismo. Pero, paradójicamente, también son tiempos difíciles para el pensamiento libre (valga el pleonasma, ya que si no es libre no es pensamiento). Pues el sistema, que intenta llevar todas las aguas a su molino y triturar en él todas las ideas potencialmente subversivas, ha derivado de las fecundas corrientes relativizadoras del siglo XX el espúreo relativismo posmoderno de los «nuevos filósofos» y de las diversas trivializaciones del estructuralismo, entre otras mixtificaciones. «Los grandes discursos globalizadores ya no sirven», dicen los voceros de un neoliberalismo ferozmente globalizador, y al decirlo señalan el marxismo con dedo acusador o gesto displicente.

Pero, por el contrario, los discursos globalizadores son más posibles y más necesarios que nunca. Y no tienen nada que ver con el dogmatismo. De hecho, el más globalizador (y eficaz) de los discursos, el discurso científico, es a la vez el menos dogmático, el más consciente de su provisionalidad y de sus límites. Unos límites que la relatividad, la mecánica cuántica y los teoremas de Gödel, entre otros grandes logros intelectuales del último siglo, han definido con una claridad deslumbrante, provocando un cambio de paradigma que, lejos de debilitar el pensamiento, lo ha fortalecido extraordinariamente. Un cambio de paradigma que, hasta hoy, solo de forma superficial, cuando no equívoca, ha dejado sentir su influencia fuera del campo estrictamente científico. Y, por tanto, una de las más urgentes tareas que nos impone el turbulento siglo que empieza es la de asimilar, difundir y poner al servicio de la sociedad las trascendentales hazañas intelectuales del anterior.

Una dialéctica sin dogmas, hija del marxismo del siglo XIX y de la ciencia del siglo XX, tiene que ser el instrumento teórico del socialismo sin represión y sin fronteras del siglo XXI.

(Rebelión 8 5 05)

IRRACIONALISMO Y FASCISMO

Creo que no se le ha concedido la suficiente importancia al hecho de que el presidente de un país supuestamente civilizado y a la cabeza de la investigación científica mundial apoye públicamente el creacionismo (o la denominada “teoría del diseño inteligente”, que no es más que un burdo intento de poner al día el mito de Adán y Eva).

La evolución de las especies es algo tan probado como la esfericidad de la Tierra, y solo desde la ignorancia más supina y el irracionalismo más obtuso (ingredientes básicos del fundamentalismo judeocristiano) se puede negarla o pretender que hay otras explicaciones de la biodiversidad y del origen del hombre igualmente verosímiles. Proponer el “diseño inteligente” como alternativa a la evolución equivale a decir que el modelo copernicano es solo una de las posibles interpretaciones del Sistema Solar, y que el modelo geocéntrico de Ptolomeo tiene el mismo derecho a ser enseñado en las escuelas.

Que Bush no destaca precisamente por su inteligencia preclara es algo que él mismo se encarga de demostrar todos los días; pero no es posible que todos sus asesores sean tan estúpidos como él. Algo tan grave como el cuestionamiento oficial del evolucionismo no puede ser una mera torpeza. Es algo mucho peor: es una deliberada apuesta por el irracionalismo. Y una apuesta muy fuerte, un auténtico órdago contra la razón, como cuando Millán Astray, expresando mejor que nadie la esencia del fascismo, gritó “Muera la inteligencia, viva la muerte”. Un grito de terror y desesperación (al fin y al cabo, un fascista no es más que un burgués asustado), un graznido de pájaro necrófilo, como dijo Unamuno; porque la razón es la muerte del fascismo, y la muerte es su única razón.

Si aceptamos una falacia, las aceptamos todas (si dos y dos son cinco, yo soy el Papa: $2+2=5$, luego $2+2=2+3$, luego $2=3$, luego $1+1=2+1$, luego $1=2$; el Papa y yo somos dos, pero como $2=1$, el Papa y yo somos uno, luego yo soy el Papa). Si la presencia de fósiles no confirma la evolución de las especies, la ausencia de armas de destrucción masiva no desmiente que Iraq sea una amenaza para la seguridad de Estados Unidos. Si las evidentes cadenas darwinianas son cuestionables, la evidente cadena de causas y efectos que conecta el cambio climático (cuyo principal responsable es Estados Unidos) con la proliferación de huracanes también se puede cuestionar. Hay un Dios bondadoso que ha hecho que las flores huelan bien y las manzanas sean

comestibles. Hay unas fuerzas del mal inspiradas por el diablo que es necesario combatir arrasando países enteros, expoliando, asesinando, torturando, violando... Y hay huracanes cada vez más violentos y devastadores porque los designios del Señor son inescrutables.

La verdad es revolucionaria, y por eso los fascistas (al igual que los socialdemócratas, los posmodernos, los relativistas...) no la toleran. Para el poder, la ciencia es imprescindible como instrumento de dominación, pero tiene un inconveniente: busca siempre la verdad (y a veces la encuentra), desenmascara los errores y las falacias, descubre las relaciones entre causas y efectos... Por eso el fascismo tiene hacia las ciencias la misma actitud que hacia las masas: las necesita y las cultiva, pero a la vez las teme y las desprecia. Y cuando no puede manipularlas, intenta silenciarlas.

El fascismo es, en última instancia, la ideología de la fuerza (que, hoy más que nunca, es ante todo la fuerza bruta del capital: por eso ahora el fascismo se autodenomina neoliberalismo). El dominio y la supervivencia del más fuerte, es decir, del más rico. Paradójicamente, el neofascismo estadounidense, que cuestiona el darwinismo, es puro darwinismo social, intenta imponer la despiadada ley del más apto en el único ámbito en el que deja de ser válida, derogada por la razón y la ética. La torpeza de las fuerzas de seguridad en el salvamento de las víctimas del Katrina (es decir, del cambio climático, es decir, del capitalismo) frente a su brutal eficacia en la represión de los hambrientos, no es una paradoja ni un fallo administrativo: es una opción política coherente con las “guerras preventivas” y las “cruzadas antiterroristas”.

En el otro extremo del espectro ético y sociopolítico, esperanza y ejemplo de la humanidad, los mil doscientos médicos cubanos con sus mochilas preparadas para acudir en ayuda de sus hermanos estadounidenses. Una ayuda que el Gobierno de Estados Unidos no permitirá que llegue a los damnificados. Por evidentes motivos de seguridad: tal como están las cosas, los médicos cubanos podrían salvar muchas vidas, y ese es un riesgo que la Casa Blanca no está dispuesta a correr.

(La Haine, 9 9 05)

SEXO, MERCADO E IDEOLOGÍA

El título del último artículo de Ignacio Ramonet, *Sexo y mercado* (Rebelión, 30 9 05) me ha parecido muy interesante; aunque, desgraciadamente, no puedo decir lo mismo del resto del texto. *Sexo y mercado* es casi un trasunto del título de la obra fundamental del injustamente olvidado Herbert Marcuse: *Eros y civilización*. O, más que un trasunto, una reducción brutal; pero brutal como la vida misma, y por tanto pertinente: vivimos en una sociedad en la que el erotismo se confunde con la mera sexualidad y el intercambio civilizador con el mercadeo, por lo que el título es especialmente adecuado para abordar el tema de la prostitución (aunque también podría servir para hablar de la pornografía, la publicidad, el matrimonio y algunas cosas más). Pero Ramonet se olvida inmediatamente de su propio título y, lejos de emprender el análisis objetivo, materialista, que parece anunciarnos, repite una vez más el consabido discurso oficial sobre el tema (una confusa mezcla de criminalización y victimización, paternalismo ilustrado y misoginia), ese discurso que suscriben desde los Gallardones y las Botellas hasta la pseudoizquierda, pasando por algunas feministas de salón.

Para una izquierda realmente materialista y dialéctica, no puede haber más ética que la solidaridad y el respeto a la libertad (es decir, al derecho de autodeterminación de las personas y de los pueblos); lo demás es ideología, en el peor sentido de la palabra. No hay crimen sin víctima, y lo que uno (o una) haga con su cuerpo (incluidas las partes que los Gallardones, las Botellas, la pseudoizquierda y algunas feministas de salón consideran vergonzantes), siempre que no perjudique a otros, es una cuestión estrictamente privada.

Yo, personalmente, preferiría vivir en un mundo sin prostitución. Y sin religión, y sin alcoholismo, entre otras muchas cosas. Ojalá consigamos crear una sociedad laica, sobria (en ambos sentidos del término) y en la que el sexo no sea una mercancía; pero no a base de perseguir a los creyentes, los bebedores y las trabajadoras sexuales (lo cual, además de injusto, es inútil, como han demostrado sobradamente todas las persecuciones y “leyes secas” de la historia).

“Algunos se niegan a ver la diferencia entre la venta de la fuerza de trabajo en una sociedad capitalista y la venta del cuerpo como receptáculo de la personalidad y de la identidad”, dice Ramonet. Y aunque no nos explica en qué consiste “la venta del cuerpo como receptáculo de la personalidad y de la identidad”, por el contexto se deduce que se refiere a la prestación remunerada de servicios sexuales. Sorprendentemente, un artículo cuyo título remite a Marcuse se convierte en una glosa de san Pablo: el cuerpo como templo viviente del Espíritu Santo. Pero hasta san Pablo admitiría que las trabajadoras sexuales no “venden” su cuerpo: en todo caso, lo alquilan (el término “venta” se adecua mucho más al matrimonio). Y en cuanto al receptáculo de la

personalidad y de la identidad, aunque puede que algunos lo tengan en el bajo vientre, parece más adecuado situarlo en la cabeza, si hemos de atribuirle una sede corporal.

En su afán condenatorio, Ramonet prescinde, no ya de los matices, sino de todo tipo de diferencias, y mete en el mismo saco la prostitución voluntaria, el tráfico de mujeres y la explotación sexual de niñas; se parece al diccionario de la Real Academia, que en su última edición sigue llamando “pederasta” al homosexual, lo que equivale a homologarlo con el corruptor de menores. Es cierto que hay homosexuales (y heterosexuales) menoreros y que hay niñas (y mujeres) explotadas sexualmente: persigamos a los primeros y defendamos a las segundas, por supuesto; pero antes de “redimir” a una trabajadora del sexo adulta y en pleno uso de sus facultades mentales, preguntémosle si quiere ser redimida, o si le interesa el tipo de redención que le ofrecemos.

Lo demás es ideología y demagogia. La clase de demagogia capaz de acuñar frases como esta: “Si los hombres no considerasen como un derecho evidente la compra y explotación sexual de mujeres y menores, la prostitución y el tráfico no existirían”. Tres cópulas perversas (como corresponde al tema tratado, pensarán algunos) en apenas un par de líneas: compra y explotación, mujeres y menores, prostitución y tráfico. Tres copulativas tendenciosas al servicio de una falsa proposición condicional, pues la prostitución (voluntaria) puede existir y existe sin necesidad de que nadie considere un derecho evidente la explotación sexual de mujeres y menores (de lo contrario, no habría prostitución masculina, puesto que las mujeres nunca han considerado un derecho evidente la explotación sexual de hombres y niños).

Acaba Ramonet su artículo citando a la nefasta puritana Gunilla Ekberg, cuyo grito de guerra es “No se puede comprar a una persona”, frase que, referida a la prostitución, es, una vez más, pura demagogia (a no ser que esa persona tenga el receptáculo de la identidad entre las piernas, claro). Ekberg asegura que, gracias a su programa abolicionista (que consiste, básicamente, en sancionar a los “hombres compradores”), la prostitución se ha reducido en Suecia a la mitad. Lo que no nos dice es qué ha sido de la otra mitad, o sea, de los miles de mujeres que se han quedado sin trabajo.

Pero el abolicionismo criminalizador no solo perjudica a las trabajadoras del sexo, sino que supone un gravísimo atentado contra las libertades en general, puesto que el mero hecho de determinar los casos concretos de prostitución implica una intolerable injerencia en la vida privada de los ciudadanos (y, sobre todo, de las ciudadanas). Supongamos que me cruzo por la calle con una mujer que me sonrío, me acerco a ella, charlamos unos minutos y nos vamos juntos. ¿Quién puede saber si estoy contratando los servicios de una trabajadora del sexo o, sencillamente, ligando? Puede y suele

haber ciertos indicios, por supuesto: ella viste “provocativamente” y lleva un buen rato apostada en la misma esquina, y yo soy demasiado mayor para despertar a simple vista el interés de una viandante; pero solo habría pruebas concluyentes en el momento en que se consumara la transacción, y ese momento no suele ser público.

La vida del campesino es muy dura, hay muchos niños trabajando en el campo en lugar de ir a la escuela, y muchos inmigrantes son explotados como auténticos esclavos por los terratenientes; pero a nadie se le ha ocurrido proponer la abolición de la agricultura. Si los abolicionistas tienen tanta necesidad de redimir a esclavas sexuales y abolir explotaciones, ¿por qué no intentan salvar a las amas de casa (el colectivo en el que se producen más suicidios y casos de depresión) luchando por la abolición de la familia nuclear?

Como en los demás animales, en el hombre hay tres pulsiones básicas, que constituyen los tres grandes vectores de la conducta: el hambre, el miedo y la libido. Por eso lo que mejor define a una persona o a una cultura son sus hábitos dietéticos, defensivos y sexuales; y por eso es tan difícil modificar esos hábitos, o tan siquiera analizarlos desde dentro, pues están tan arraigados que tendemos a considerarlos naturales. No es casual, por tanto, que los tres grandes problemas éticos (y por ende políticos) que la izquierda no es capaz, no ya de resolver, sino siquiera de plantear, estén directamente relacionados con la comida, el miedo y el sexo. Me refiero al carnivorismo, el terrorismo y la represión sexual, tres temas fundamentales en los que casi nadie se atreve a profundizar. Diríase que el abdomen es el receptáculo, si no de la identidad toda, sí al menos de los prejuicios, pues cuando nos tocan el estómago, el hígado (sede del valor y el miedo según los antiguos) o las gónadas nos cuesta admitir hasta lo más obvio: que el carnivorismo supone un brutal despilfarro de los recursos naturales y es, por tanto, profundamente reaccionario; que el único terrorismo digno de ese nombre es el terrorismo de Estado; que no puede haber democracia sin plena libertad sexual, y que esa libertad incluye, nos guste o no, el derecho a comerciar con el propio cuerpo.

(La Haine, 5 10 05)

CONTRA EL ABOLICIONISMO

La mayoría de los maltratadores beben, y casi el cincuenta por ciento de los crímenes de sangre están relacionados con el alcohol; por no hablar de los accidentes de tráfico, los trastornos cardiovasculares, los infartos... En el Estado español hay cuatro millones de alcohólicos, y un hábito tan respetable como el de beber vino en las comidas lleva al alcoholismo a una de cada cinco personas que lo adoptan.

¿Por qué no se prohíbe la producción y venta de bebidas alcohólicas, que han causado más muertes y calamidades que todas las guerras juntas? Fundamentalmente, por tres razones: porque en la práctica es imposible, porque las personas adultas tienen derecho a ingerir lo que quieran y porque la industria del alcohol mueve billones. La primera razón es puramente pragmática, la segunda es ética y la tercera es profundamente inmoral; pero, so pretexto de oponernos a la última, no podemos olvidarnos de las otras dos, como hicieron en su día los promulgadores de la nefasta “ley seca”, que solo benefició a Al Capone. Es así de simple (y así de complicado), aunque los puritanos de uno y otro signo se nieguen a verlo. Los abolicionistas, sencillamente, confunden los síntomas con los males, los efectos con las causas, y al parecer aún no se han enterado de que el fin no justifica los medios (lo cual, metodológicamente hablando, y pese a sus indudables buenas intenciones, los sitúa a un paso del fascismo).

Yo confío en llegar a ver un mundo en el que el alcoholismo, el tabaquismo y la prostitución sean algo excepcional y estrictamente voluntario, en vez de ser, como ahora, fenómenos masivos y socialmente inducidos. Pero no por obra y gracia de unas “aboliciones” tan inviables como inadmisibles. Cambiemos las condiciones socioeconómicas y culturales que hacen que millones de personas busquen consuelo en el alcohol, estímulo en el tabaco y compañía (o trabajo) en los burdeles; pero no intentemos prohibirle a nadie que beba, fume o autogestione su sexualidad. Combatamos a los criminales que explotan, trafican, esclavizan, corrompen; pero no criminalicemos a las trabajadoras del sexo ni pretendamos decidir por ellas lo que más les conviene. Y, por favor, no las insultemos hablando de la “indignidad” de la prostitución (o llamando “hijos de puta” a los canallas uniformados que se ensañan con los desposeídos en las alambradas de la ignominia). ¿Con qué derecho, con qué autoridad moral, desde qué púlpito de virtud los puritanos de uno y otro signo llaman “indignas” a las trabajadoras del sexo? Puede que ser modelo de alta costura, presentadora de televisión o princesa sea más rentable y menos arriesgado que ejercer la prostitución; pero, desde luego, no es más digno.

(La Haine, 8 10 05)

LA VERDAD INOPORTUNA

Después de más de cuarenta años de militancia antifascista (es decir, antiimperialista, es decir, anticapitalista), he perdido la cuenta de las veces que he oído decir que no era “oportuno” hablar de tal o cual tema. En los años sesenta, por ejemplo, la izquierda oficial no consideraba oportuno hablar de los derechos de los homosexuales o de la liberación de la mujer (había cuestiones más “urgentes”, decían), y tampoco criticar a una Unión Soviética en franca decadencia ética y política (porque era “dar armas al enemigo”, decían).

No hace mucho, la cuestión de la “oportunidad” se planteó con especial crudeza a raíz de la ejecución, en Cuba, de los tres secuestradores de un trasbordador. La derecha arremetió contra el Gobierno cubano con su habitual fariseísmo, y la izquierda, en el mejor de los casos, guardó un silencio vergonzante. Y oímos a más de un supuesto marxista decir que en aquellos momentos no era oportuno manifestarse en contra de la pena de muerte. Y digo “supuesto” porque quien, en función de consideraciones estratégicas o partidistas, se olvida de que la verdad –toda la verdad y nada más que la verdad-- es revolucionaria, se convierte, en el sentido más literal del término, en un reaccionario: un lastre que, con el peso de su silencio (un silencio cómplice que se traduce en una mentira por omisión), dificulta el avance de la revolución.

Oponerse a la pena de muerte nunca es inoportuno. E intentar justificarla (o mirar hacia otro lado) para supuestamente apoyar a Cuba es una aberración. Lo que hay que decir, alto y claro, es que condenar a Cuba por aplicar la pena de muerte (en una situación límite y de forma excepcional) es el colmo de la hipocresía. Todos los países del mundo contemplan la pena de muerte en caso de guerra o asedio, y Cuba lleva cuarenta años sufriendo el más brutal asedio de todos los tiempos. Si alguien acusara a Cuba de producir tabaco y contribuir con ello a la expansión del cáncer, nadie se lo tomaría en serio. Y sin embargo es cierto: Cuba es un importante productor de tabaco, y sus famosos habanos seguramente habrán llevado a la tumba a miles de fumadores; ¿por qué no la condenamos por crímenes contra la humanidad? Porque el del tabaquismo, como el de la pena de muerte, no es un problema cubano, sino mundial. Ojalá consigamos pronto un mundo sin tabaco (sin

tabaquismo masivo, mejor dicho) y sin pena de muerte; pero sin chivos expiatorios y sin acosar a los fumadores. A pesar de sus plantaciones de tabaco y de sus recientes ejecuciones, en ambos casos –para ambas causas-- Cuba es el menor de los obstáculos.

Otro tema que, paradójicamente, se ha vuelto inoportuno para ciertos sectores de la izquierda (incluso –o sobre todo-- de la izquierda mejor intencionada) es el de la religión. El opio de los pueblos les parece a muchos una droga menos dura desde que Chávez gobierna con la Constitución en una mano y el crucifijo en la otra, y algunos incluso consideran que no se puede arremeter contra la Iglesia sin salpicar a la revolución bolivariana o a la teología de la liberación. El tema es sumamente complejo y sería una frivolidad intentar zanjarlo en pocas palabras; pero, en cualquier caso, es lamentable (y hay que decirlo aunque sea inoportuno, precisamente porque es inoportuno) que, por ejemplo, un hombre como Ernesto Cardenal se arrodillara ante el nefasto Wojtila y aceptara su papal reprimenda, sin que por ello dejemos de admirar al gran poeta y luchador social nicaragüense. Y se puede (y se debe) apoyar a Chávez sin olvidar la incongruencia (y los peligros) de su alineación religiosa.

Pero no es necesario ir a buscar fuera de casa los temas que la izquierda timorata considera inoportunos. En la “España democrática” (las comillas indican el uso irónico de ambos términos), no es oportuno decir que los sindicatos mayoritarios y sus respectivos partidos llevan treinta años traicionando a la clase obrera. No es oportuno hablar del derecho de autodeterminación de los pueblos. No es oportuno hablar de la tortura, de la brutal represión policial en Euskal Herria, de aberraciones jurídicas como la Ley de Partidos o el sumario 18/98. No es oportuno decir que en el Estado español hay más de seiscientos presos políticos, anticonstitucionalmente dispersos y alejados de sus familiares (ni siquiera es oportuno llamar a ciertas cosas por su nombre, es decir, utilizar expresiones como “preso político”, “Estado español” o “Euskal Herria”). No es oportuno decir que los soldados españoles destacados en Oriente Medio no son héroes humanitarios sino sumisos colaboradores del imperialismo genocida estadounidense.

No es oportuno hablar de la ampliación de la base de Rota. No es oportuno recordar que el jefe del Estado es un rey impuesto por Franco y que juró los Principios del Movimiento. No es oportuno decir que las mujeres (y los hombres) que ejercen la prostitución tienen derecho a hacer con su cuerpo lo que quieran. No es oportuno decir que el supuesto “terrorismo islámico” es un invento de los terroristas judeocristianos. No es oportuno decir, con el diccionario en la mano, que el único terrorismo digno de ese nombre es el terrorismo de Estado...

La verdad –toda la verdad y nada más que la verdad-- nos hará libres. Por eso se miente: por miedo a la libertad.

(La Haine, 1 1 06)

RELIGIÓN Y POLÍTICA

La religión y la política siempre han estado juntas, y a menudo revueltas. Con la Revolución Francesa, que no en vano marca el comienzo de la Edad Contemporánea, la política intentó separarse de la religión; pero era un matrimonio milenario (y, además, de conveniencia, que son los más estables), y el divorcio nunca llegó a consumarse.

En estos tiempos de crisis de la pareja tradicional, el contubernio Iglesia-Estado adopta formas más variadas y versátiles; pero, como la pareja tradicional, sigue siendo la fórmula dominante. Incluso en los países con un Estado supuestamente laico, la religión continúa desempeñando un papel político fundamental.

Históricamente, la Iglesia ha sido una poderosísima fuerza conservadora, la mejor aliada del poder político en el mantenimiento del orden establecido. Pero en las últimas décadas se ha producido, sobre todo en América Latina, un fenómeno paradójico, a la vez esperanzador e inquietante: la progresiva izquierdización de un sector del catolicismo.

No es paradójico, sino todo lo contrario, que un cristiano sea de izquierdas. El manido tópico de que Jesús fue “el primer comunista” puede que sea una exageración, pero no carece de fundamento. Jesús predicó la igualdad y la fraternidad entre todos los hombres (y las mujeres: para ser hebreo era muy poco misógino), e identificó expresamente a los ricos con los malos. No logró sustraerse del todo a la criminalización del sexo propia de su cultura hiperpatriarcal, pero incluso en este sentido dio algunos pasos importantes (que sus sucesores se apresuraron a desandar). Además, hay muchas formas de ser y de sentirse cristiano (incluso Fidel Castro se ha declarado “cristiano en lo social”), y algunas de esas formas son perfectamente compatibles con el marxismo o cualquier otra filosofía revolucionaria.

Pero solo hay una forma de ser católico. Hay tantas actitudes personales como individuos, por supuesto; pero ser católico implica, por definición, acatar la doctrina y los mandamientos de la Iglesia Católica Apostólica

Romana (ICAR), así como la autoridad del Papa y de la jerarquía eclesiástica. Un verdadero católico (muchos son herejes sin saberlo) no puede aceptar la homosexualidad, ni el sexo fuera del matrimonio (y ni siquiera dentro del matrimonio puede alejarse demasiado de la rutina procreativa), ni los anticonceptivos, ni el aborto. Para un verdadero católico, el hombre es malo por naturaleza y viene al mundo con el estigma del “pecado original”. Para un verdadero católico, es dogma de fe que hay un infierno en el que los pecadores irredentos sufrirán un castigo eterno (¿cómo se puede pensar que un Dios justo y misericordioso sea capaz de infligir un suplicio infinito a seres de responsabilidad limitada?). Un verdadero católico tiene que creer que individuos como Ratzinger, Wojtila o Pacelli (para limitarnos a las últimas décadas) fueron designados por el mismísimo Espíritu Santo como infalibles vicarios de Cristo en la Tierra (tengo que admitir, sin embargo, que algunas de las mejores personas que conozco son frailes o sacerdotes, y recientemente he visto a algunas monjas defender los derechos de las prostitutas con más comprensión y respeto que muchas supuestas feministas; pero esos frailes, sacerdotes y monjas son, desde el punto de vista de la estricta ortodoxia, claramente anatematizables, y su permanencia en el seno de la Iglesia es poco menos que clandestina).

En este contexto, un dirigente como Hugo Chávez, que declara abiertamente su religiosidad e incluso la utiliza como instrumento político, debería aclarar qué clase de cristiano es. El crucifijo con el que suele mostrarse en público está demasiado connotado como para esgrimirlo sin más. De Constantino para acá, hemos visto a demasiados militares con la cruz en la mano como para que la imagen no despierte, en sí misma, cierta inquietud. En principio, un dirigente político debería guardarse para sí sus creencias religiosas, tanto por el bien de la política como por el de la religión; pero, si no lo hace, cuando menos tendría que dejar perfectamente claras la índole y las repercusiones de dichas creencias.

Y sería bueno, dicho sea de paso, que todos los católicos se preguntaran si lo son realmente y reflexionaran a fondo sobre lo que significa serlo. Se oye a menudo, por ejemplo, la expresión “Yo soy creyente pero no practicante”; eso puede decirlo un cristiano (se puede creer en Cristo y seguir sus enseñanzas sin adoptar una determinada praxis religiosa), pero no un católico, pues ser católico significa, por definición, acatar los mandamientos de la ICAR (además del decálogo bíblico, por supuesto), y esos mandamientos incluyen una serie de prácticas obligatorias (ir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, comulgar al menos una vez al año, etc.).

Los marxistas podemos (y debemos) colaborar con los buenos cristianos en la lucha por un mundo justo y solidario, es decir, por el socialismo. Pero la

ICAR y los católicos ortodoxos son intrínsecamente contrarrevolucionarios; ellos lo tienen muy claro, y nosotros también deberíamos tenerlo.

La religión es el opio de los pueblos, y aunque un drogadicto pueda ser la más valiosa de las personas (a Marx, sin ir más lejos, lo mataron el café y el tabaco), los narcotraficantes suelen ser criminales.

(La Haine, 4 1 06)

LA SOCIALIZACIÓN DEL HEROÍSMO

El pasado 10 de febrero tuve el honor de participar, en Madrid, en un homenaje a los cinco patriotas cubanos ilegalmente detenidos y encarcelados por el Gobierno estadounidense. Doble honor, por el acto en sí y por la calidad de las personas con las que compartí la mesa: Gloria Berrocal, que actuó de moderadora (pero que no se moderó a sí misma, lo cual, en su caso, es de agradecer); el abogado Raúl Martínez, que hizo una certera exposición jurídica de la causa instruida contra “los Cinco” y evidenció de forma irrefutable su índole fraudulenta; el excelente pintor Paco Bernal, a quien el síndrome de Down no ha impedido alcanzar las más altas cotas de la expresión artística; y Rosa Bernal, hermana del anterior, cuya ponencia determinó mi subsiguiente intervención, así como las reflexiones recogidas en este artículo.

Yo pensaba hablar del secuestro gubernamental (pues de eso se trata) de “los Cinco” como acto de terrorismo de Estado y de tortura (valga la redundancia, pues la tortura siempre es terrorismo de Estado), y del paralelismo entre estos presos políticos cubanos y los más de seiscientos presos políticos anticonstitucionalmente alejados de sus familiares en el Estado español, así como del correspondiente paralelismo entre el hipócrita discurso “antiterrorista” del imperialismo estadounidense y el del subimperialismo español, que intentan justificar el mismo tipo de atropellos con argumentos igualmente falaces. Concretamente, pensaba hablar del paralelismo entre el concepto de “conspiración” manejado por el Gobierno estadounidense y el no menos grotesco concepto de “entorno” esgrimido por los gobernantes españoles y sus juristas de pacotilla.

Pero la ponencia de Rosa Bernal me impuso una reflexión sobre la excepcionalidad y el heroísmo que sentí la necesidad de compartir con los presentes. Entre otras cosas dignas de mención, comentó Rosa que la primera

vez que su hermano fue seleccionado para participar en un importante certamen artístico, su familia reaccionó con gran sorpresa y alborozo; pero que al ir consolidándose el éxito profesional de Paco, empezaron a considerarlo algo normal: no era ningún milagro, ninguna lotería, sino el resultado del tenaz esfuerzo de un artista de talento, que, aunque hubiera partido de una situación desventajosa, estaba cosechando los frutos de su perseverancia y su coraje. Esta “normalización de lo extraordinario” de la que hablaba Rosa me llevó de vuelta al asunto que nos había reunido allí, el homenaje a los cinco héroes cubanos, y de pronto comprendí por qué la palabra “héroe” no suena igual en Cuba que en Europa. Para quienes estamos de lleno inmersos en la tradición grecolatina, el héroe es, por definición, un ser excepcional, incluso sobrehumano (no hay que olvidar que, originariamente, el término se reservaba a los hijos de dios y mujer, o de diosa y hombre). Si a este substrato mítico le añadimos el efecto corruptor de una cultura de la competencia y la depredación, es comprensible que al oír la palabra “héroe” pensemos en un musculoso guerrero ebrio de testosterona, como Aquiles o el Cid. Pero en una cultura de la solidaridad el paradigma del héroe no es –no puede ser-- el conquistador, sino el defensor: no es el que invade otras tierras, sino el que defiende la suya, la de los suyos. Y este heroísmo de la resistencia, el único digno de emulación y elogio, es admirable, pero no “excepcional”, no allí donde la solidaridad revolucionaria prevalece sobre la competencia; si fuera una excepción, una inusitada acrobacia moral, no sería significativo ni relevante, como, por desgracia, no lo es en las desdichadas seudodemocracias occidentales. Entre nosotros, este heroísmo no acrobático, no excepcional, carece de dimensión social: solo se manifiesta en los pequeños reductos en los que la solidaridad logra sobrevivir, como la familia o los círculos de amigos (y entonces, aunque nos admire, no nos sorprende: a nadie le extraña que una madre se sacrifique o incluso arriesgue la vida por su hijo, y los ejemplos de abnegación entre familiares o allegados son relativamente frecuentes).

Esa es la clave y la trascendencia del heroísmo de “los Cinco”, que pudieron eludir la cárcel inculcando a su Gobierno y no lo hicieron. Y no lo hicieron porque su Gobierno es su pueblo y su pueblo es su familia. Y eso, en Cuba, es algo más que una hermosa frase, como hemos podido comprobar una y otra vez quienes tenemos el privilegio de frecuentar la isla: la solidaridad no está en las consignas ni en los discursos, sino en la calle. Por eso miles, millones de cubanos habrían hecho lo mismo que “los Cinco”, igual que millones de madres se sacrificarían por sus hijos. Mejor dicho, millones de cubanos han hecho ya lo mismo que “los Cinco”, pues el bloqueo al que Estados Unidos somete a Cuba desde hace más de cuarenta años también es una cárcel, y durante el llamado “período especial” llegó a ser una celda de

castigo, en la que el hambre y las privaciones se pudieron superar porque se afrontaron, más que colectivamente, fraternalmente. La fraternidad que nace con la revolución y la alimenta a la vez que se alimenta de ella, socializa el heroísmo, “heroíza” la sociedad. Antonio, Fernando, Gerardo, Ramón y René no solo son ejemplares en el sentido adjetival del término, sino también en el sustantivo: no solo nos ofrecen un ejemplo a seguir, sino que además son cinco magníficos “ejemplares” de una nueva raza de hombres y mujeres que solo puede desarrollarse en el seno del socialismo.

El mismo proceso, la misma dialéctica, la misma cohesión social, la misma fraternidad, en una palabra, explica la inquebrantable resistencia del pueblo vasco frente a la represión, la cárcel y la tortura.

Volverán (“los Cinco” a Cuba y los presos políticos vascos a Euskal Herria). Venceremos.

(La Haine, 13 2 06)

GENTE NUEVA

Las mesas redondas, a pesar de lo que sugiere su nombre, suelen ser poco dialécticas, tanto en el sentido clásico del término como en el marxista; los ponentes saben de antemano lo que van a decir, y casi nunca hay tiempo (o voluntad) suficiente para que se produzca entre ellos y con el público un verdadero diálogo. Pero, por suerte, no siempre es así, y hace poco tuve el privilegio de participar en una mesa redonda realmente viva, tan viva que acabó convirtiéndose en una fiesta. Fue el pasado 10 de febrero, en un homenaje a los cinco agentes cubanos secuestrados –guantanamoizados-- por el Gobierno estadounidense, y aunque ya he hablado de esa experiencia singular en otro artículo (*La socialización del heroísmo*), siento la necesidad de volver sobre ella y sobre las reflexiones que me impuso.

Las intervenciones de mis compañeras y compañeros de mesa --sobre todo las de Paco Bernal, a quien el síndrome de Down no ha impedido convertirse en un excelente pintor, y la de su hermana y “entrenadora” (como ella misma se define), Rosa Bernal-- desencadenaron en mi cabeza una auténtica avalancha de evocaciones e ideas, que me llevaron a prescindir de lo que había preparado para intentar compartir con los presentes aquel inesperado regalo de las circunstancias. Una de esas ideas no es nada nueva y además acabo de

exponerla en el párrafo anterior, pero creo que conviene insistir en ella: las conferencias y las mesas redondas deberían ser menos mecánicas, menos ceremoniosas, más espontáneas y abiertas; más dialécticas, en una palabra, en el mejor sentido de la palabra. Otra reflexión, inspirada por un comentario de Rosa sobre lo que podríamos llamar “normalización de lo excepcional”, dio lugar al artículo antes mencionado. Y también pensé –me hicieron pensar-- en otras muchas cosas, que intentaré resumir a continuación.

Pensé en una frase de Fidel Castro, cuyas palabras exactas no recuerdo pero sí su sentido: la validez de un Gobierno se puede medir por la atención que presta a los menos favorecidos, y muy concretamente a los discapacitados. Y recordé que hace un par de años, en La Habana, vi actuar a La Colmenita, una maravillosa compañía cubana de teatro infantil integrada por niños y niñas con minusvalías de distinta índole, tanto físicas como mentales. Fue una experiencia inolvidable, y tuve la suerte de compartirla con tres de las personas más sabias que conozco: Irene Amador, Eva Forest y Alfonso Sastre. Hablamos luego largo y tendido del espectáculo que acabábamos de ver, y, entre otras cosas, tuvimos que admitir que, dada la extraordinaria calidad de las actuaciones, habíamos tardado un buen rato en percatarnos de que sobre el escenario había niñas y niños discapacitados; no era fácil asimilar la idea.

Ante los cuadros de Paco Bernal expuestos en el local donde se celebró el homenaje a “los Cinco”, volví a sentir lo mismo que ante La Colmenita, y al comentarlo con algunos de los presentes comprobé que compartían mis impresiones. Lo primero que uno piensa, de forma automática e irreflexiva, es: “Algo tan bello no puede ser obra de un discapacitado”. Luego llega la verdadera reflexión, y cobramos conciencia de que tenemos una idea muy equivocada de lo que son los discapacitados. O acaso no tengamos ninguna idea digna de ese nombre, porque preferimos no pensar en ellos.

“Roma no es más grande que el bienestar de los romanos”, le advirtió Cicerón a César. Cuba es grande porque se preocupa, ante todo, por el bienestar de los cubanos y de sus huéspedes (en Cuba solo es extranjero el que se empeña en serlo), y muy especialmente de los más desvalidos, como los jóvenes artistas de La Colmenita, como Paco Bernal, que ha recibido en la isla más atención y atenciones que en su propio país.

Y al pensar en La Colmenita y en los niños cubanos (los más sanos y risueños del mundo, y ese es el mayor triunfo de la revolución), me acordé de Gente Nueva, una excelente editorial de La Habana dedicada a la literatura infantil, en la que tengo el honor de haber publicado varios libros. Aunque más que en la editorial en sí, pensé en su nombre, que no podría ser más certero, puesto que los niños son la gente nueva, y no solo en el obvio sentido biológico e histórico, sino también en el político, en el sentido guevariano. Y

pensé que ya va siendo hora de dejar de hablar del “hombre nuevo”, en masculino singular: el futuro es de la “gente nueva”, ambigenérica y colectiva. Pensé en lo mucho que nos queda por andar, en las muchas discriminaciones que tenemos que abolir, empezando por la más básica, la de la mujer, un problema del que se habla todos los días para eludir su resolución definitiva, inaugural. Como dijo Engels, la primera explotación, y el modelo de todas las demás, es la explotación de la mujer por el hombre; y la superestructura ideológica de esta explotación básica, el machismo, sigue presente en todos los discursos (incluso en los supuestamente revolucionarios, aunque solo sea por omisión) y en todas las sociedades. Está muy bien que el rostro del Che se haya convertido en un icono de la revolución; es lamentable que el de Haydée Santamaría sea prácticamente desconocido; y lo mejor sería que el emblema de la revolución no fuera un rostro, una persona, sino una muchedumbre, un pueblo. El “hombre nuevo” no puede ser ni masculino ni singular; solo puede realizarse despojándose del individualismo machista, sumiéndose en lo femenino y en lo plural. El viejo hombre ha muerto (aún no, pero agoniza), viva la gente nueva.

(*La Haine*, 28 2 06)

YO SOY FIDEL

La misma cadena de reflexiones que me llevó a escribir mis dos artículos anteriores sobre Cuba (*La socialización del heroísmo* y *Gente nueva*), me hizo evocar la que, muchos años después de verla por primera vez, sigue siendo mi secuencia cinematográfica favorita; pertenece a *Espartaco*, de Stanley Kubrick, y es aquella en la que, tras la derrota de los esclavos por las legiones de Craso, los vencedores conminan a los vencidos a entregar a su jefe. “Yo soy Espartaco”, repiten entonces los prisioneros uno tras otro, hasta que sus voces se convierten en un clamor. Y no lo hacen solo para salvar a su líder de la cruz que Roma le tiene reservada, sino porque cada uno de ellos se identifica plenamente con Espartaco, es otro Espartaco. Han cobrado conciencia de que la suya es una hazaña colectiva, han socializado el heroísmo, se han hermanado en un “uno para todos y todos para uno” que se anticipa en dos mil años al comunismo. No tienen nada que perder sino sus cadenas. Han cobrado conciencia de clase.

En *Google* hay 45 millones de referencias a Einstein. Es, literalmente, más famoso que Dios (que no llega a los diez millones de entradas). Einstein formuló la teoría de la relatividad y sentó las bases de la mecánica cuántica, “se tragó vivo a Newton”, como alguien dijo acertadamente: integró la física anterior en un nuevo y potentísimo paradigma, y por ello se le considera el padre de la física moderna. ¿Qué habría ocurrido si hubiera muerto de niño o si, en vez de pasarse varios años persiguiendo mentalmente un rayo de luz, hubiese dado prioridad a su afición por la música? Nada, absolutamente nada. Si Einstein no hubiera formulado la teoría de la relatividad en 1905, Poincaré o cualquier otro (cualquiera de los grandes físicos y matemáticos que estaban trabajando en el problema, quiero decir) lo habría hecho en 1906. Con o sin Einstein, la física actual sería la misma (de hecho, la mecánica cuántica tuvo que proseguir sin él, pues nunca la aceptó del todo, a pesar de ser uno de sus fundadores).

La manzana de Newton cayó cuando estaba madura, y si él no hubiera estado allí para recogerla, otro la habría recogido poco después. Análogamente, la física tradicional dio paso a (se integró en) un sistema más amplio cuando la ciencia alcanzó el grado de desarrollo adecuado, y si Einstein no hubiera estado allí para tragarse a Newton, otro lo habría hecho. Creo que, salvando las distancias entre la física y la política, el caso de Fidel Castro es muy similar. ¿Qué habría ocurrido si hubiera muerto o se hubiese retirado hace diez, veinte, treinta años? Nada irreparable. Si Fidel fuera necesario, sería inútil. Suena a paradoja o a juego de palabras, pero es literalmente cierto. Si el triunfo de una revolución dependiera de personas extraordinarias, excepcionales, “únicas”, sería un acontecimiento fortuito y de muy dudosa continuidad. Si en Cuba ha triunfado la revolución (porque ya ha triunfado, y además varias veces) es precisamente por todo lo contrario: porque miles de cubanos y cubanas podrían haber hecho lo mismo que Fidel, porque todo un pueblo apostó por el socialismo y asumió el compromiso de llevarlo adelante en las condiciones más adversas.

Einstein no es el padre de la física moderna, sino su hijo; su hijo aventajado, su primogénito, con cuya llegada la familia científica que lo engendró “renació” a su vez, se transformó cualitativamente, dialécticamente. Einstein se tragó a Newton, la mecánica cuántica se tragó a Einstein y siguió adelante sin él (sin él como individuo, pero con sus aportaciones plenamente incorporadas al proceso). Y lo mismo se puede decir de Fidel: Cuba lo engendró, Cuba se transformó con él (y con muchos y muchas como él), Cuba se lo tragó vivo. Puede seguir y seguirá adelante sin él. Sin él como individuo; con él, siempre, como parte viva del proceso revolucionario. ¿Es conveniente que Fidel se mantenga en su puesto a los ochenta años? No lo sé; pero, en

cualquier caso, esa no es la cuestión. La cuestión es que no es necesario. Alguien estará pensando: “Puede que su dedicación cotidiana a las tareas de gobierno no sea imprescindible, pero Fidel es mucho más que su actividad política concreta: es un símbolo viviente, el rostro de la revolución”. Sí, ¿y qué? Los símbolos y los iconos pueden ser muy útiles en un momento dado, pero no son necesarios. Sobre todo en una sociedad que empieza a superar (y tiene que seguir superando) el pensamiento mágico y la alienación religiosa, que ha sustituido los mitos por la razón y la metafísica por la dialéctica. No en vano los comunistas siempre han criticado el culto a la personalidad como manifestación del individualismo burgués y como forma solapada de religiosidad. No en vano dijo Marx, consciente de que la revolución es un proceso que trasciende las doctrinas y las nomenclaturas, “Yo no soy marxista”. No sé si lo ha dicho alguna vez expresamente, pero estoy seguro de que Fidel no es castrista.

En la medida en que Fidel es único, no es necesario. En la medida en que es necesario (en la medida en que son necesarios muchos y muchas como él), es sustituible, ya ha sido sustituido por todo un pueblo. Ante el nuevo imperio que intenta someter a la nueva Numancia y cifra sus esperanzas en la desaparición física del comandante, miles, millones de cubanos y cubanas proclaman con su heroísmo cotidiano: “Yo soy Fidel”.

(La Haine, 4 3 06)

EL VIEJO FANTASMA

Los neofranquistas dicen que el Gobierno se ha rendido a ETA; los socialdemócratas dicen que ETA, acorralada por el Estado de derecho, no ha tenido más remedio que agitar la bandera blanca. Y la verdad, como de costumbre, no hay que buscarla en el término medio, sino en el tercio excluso. Sencillamente, la izquierda abertzale y el amplio sector del pueblo vasco que la apoya han demostrado que la represión no puede con ellos. No ha sido el Gobierno español quien ha desarmado a ETA con la brutal *potestas* de sus cuerpos represivos, sino la sociedad vasca con su serena *auctoritas* de pueblo soberano.

Cualquiera que se haya molestado en analizar la cuestión con un mínimo de objetividad, sabe que, hoy por hoy, eso que el poder llama “terrorismo” es

invencible. Cualquier grupúsculo mínimamente organizado, sin necesidad de grandes recursos materiales ni humanos, puede hacer un daño incalculable y provocar la alarma social (sobre todo si hay políticos interesados en que la alarma cunda); y mientras no desaparezcan los factores que desencadenan reacciones violentas entre los disidentes y los oprimidos, esos grupúsculos surgirán de forma espontánea y se reproducirán sin necesidad de una estructura central sólida. El denominado “terrorismo islámico” solo cesará cuando cese el terrorismo judeocristiano (sin comillas), y ETA abandonará las armas definitivamente si y solo si sus miembros (actuales y potenciales) no vuelven a considerar necesario empuñarlas.

Somos muchos, dentro y fuera de Euskal Herria, los que estamos convencidos de que si la tortura no fuera una práctica sistemática e impune (es decir, sistémica), ETA habría desaparecido hace tiempo. Solo la (justa) ira y la desesperación que genera el terrorismo de Estado pueden alimentar las filas de la disidencia armada y darle el apoyo social necesario para subsistir material y moralmente. Por lo tanto, este alto el fuego (conseguido no gracias a las actuaciones policiales y judiciales, como pretenden hacernos creer, sino a pesar de ellas) lo que parece indicar es que, por fin, es el poder el que está dispuesto a renunciar a la violencia (a una pequeña parte de la violencia institucional, quiero decir). No podemos fiarnos: ante una Administración que miente sistemáticamente (sistémicamente) y que tantas veces ha demostrado su falta de escrúpulos, el recelo es inevitable; pero hay un hueco para la esperanza: al poder (a una parte del poder, al menos) le interesa el alto el fuego, y para lograr sus objetivos el poder es capaz de todo, incluso de hacer lo correcto.

Zapatero hará cualquier cosa para pasar a la historia (y lo que es más importante, a las próximas elecciones) como el presidente que acabó con ETA; y como la única manera de acabar con ETA es poner freno al terrorismo de Estado, Zapatero intentará mantener la violencia institucional por debajo del punto de ebullición. Pero no lo tiene fácil: en el Estado español hay varios millones de fascistas (para seguir apoyando al PP tras la invasión de Iraq hay que ser un fascista en el más estricto sentido del término), una oligarquía despiadada e inmensamente rica, una Iglesia tan poderosa como reaccionaria y un Ejército que, aunque ya no es lo que era, no ha roto del todo con su pasado golpista. Y puesto que para apoyar al PP hay que ser un fascista y un fascista es, básicamente, un burgués asustado, la estrategia del PP no puede ser otra que la de seguir asustando a los burgueses y azuzándolos contra el Gobierno. El espantajo del “terrorismo” perderá fuerza, pero hay otros fantasmas que, hábilmente conjurados, pueden dar mucho juego, y, en este sentido, las nuevas palabras-fetichismo seguramente serán “nacionalismo” y “autodeterminación”

(aunque incluso un término tan democrático como “referéndum”, oportunamente manipulado, puede generar alarma). De ahora en adelante, oiremos hablar mucho de la amenazada unidad de España, del inaceptable precio político, del desprecio a las víctimas de ETA, de un Gobierno que cede al chantaje de los radicales...

Y reaparecerá un viejo fantasma. El fantasma del comunismo, que recorrió Europa a finales del siglo XIX y la península Ibérica a mediados del XX, volverá a recorrerlas (la península y Europa), cuando ya parecía definitivamente exorcizado, a comienzos del XXI. La derecha desafortunada acusará a la pseudoizquierda vergonzante de abrir la puerta, con la inevitable legalización de Batasuna, a un auténtico proyecto socialista; y esperemos que en eso tenga razón. Y esperemos que todas las fuerzas democráticas del Estado español hagan suyo ese proyecto, se agrupen a su alrededor en un nuevo Frente Popular, hacia una nueva República.

(La Haine, 25 3 06)

LA EXALTACIÓN Y EL FERVOR

“No soy un artista revolucionario: no busco la exaltación, con el fervor me basta”, decía Braque. Pero el arte y la literatura son metalenguajes: su irrenunciable propósito es el de ir más allá de los significados establecidos y decir más de lo que dicen las imágenes o las palabras en sí mismas; por lo tanto, los grandes artistas siempre son transformadores (es decir, potencialmente revolucionarios), aunque no lo sepan o incluso lo nieguen (y, de hecho, la obra de Braque es una clara negación de su negación de la exaltación). El fervor (entendido como celo y entusiasmo) es el medio imprescindible; pero la exaltación es el fin, la culminación del arte, y aparece como propiedad emergente del lenguaje artístico, de la expresión misma, de la “forma”.

Por eso, formalmente, la ciencia es lo contrario del arte y la literatura, no porque no busque la exaltación, sino porque en la ciencia la exaltación no está ni puede estar en el discurso. A diferencia del lenguaje poético, el lenguaje científico busca la máxima literalidad, no quiere decir más (ni menos) de lo que dice textualmente: evita las ambigüedades y las polisemias, intenta reducir todo lo posible las connotaciones y los sentidos figurados, renuncia a la

retórica. Y el marxismo, para merecer el nombre de “socialismo científico”, tiene que renunciar a la retórica con el mismo fervor (celo y entusiasmo) con que lo hacen las matemáticas, el idioma universal de todas las ciencias dignas de ese nombre.

En este sentido, hay que agradecerle a Heinz Dieterich sus reiterados esfuerzos por llevar el discurso político (y politológico) al terreno científico en el que lo situaron Marx y Engels, y del que muchos de sus supuestos seguidores lo han ido alejando de forma sistemática (y sistémica). Podemos estar más o menos de acuerdo con los análisis concretos de Dieterich, pero la oportunidad de sus consideraciones generales es incuestionable. Escribo esto a raíz de su reciente artículo *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo* (Rebelión, 17-3-06), en el que airea importantes cuestiones que, por abstrusas o incómodas, tendemos a olvidar.

Para empezar por el principio, he de decir que no estoy muy de acuerdo con el título. No creo que Cuba se enfrente realmente a la disyuntiva “capitalismo o nuevo socialismo”, entre otras cosas porque no creo que el capitalismo tenga tanto futuro como para seguir absorbiendo los proyectos que lo niegan; no, al menos, cuando estos proyectos son tan vigorosos y persistentes como la revolución cubana. Y, por otra parte, la expresión “nuevo socialismo” me parece un tanto equívoca, en la medida en que el socialismo es un proceso (el propio Dieterich insiste en ello), una renovación continua, no un modelo que, al envejecer, se sustituye por otro “nuevo”. Pero el contenido del artículo va mucho más allá de lo que sugiere el título, y aunque pueda parecer exagerada su conclusión-amenaza final (la posibilidad, a mi entender muy remota, de que Cuba siga el camino de la URSS y la RDA), habría que tomar buena nota de sus advertencias.

Porque, en última instancia, lo que muy oportunamente replantea Dieterich es el viejo conflicto entre metafísica y dialéctica, entre dogma y ciencia. Un conflicto que el llamado “socialismo real” no solo no ha superado nunca, sino que ni siquiera ha abordado debidamente, unas veces por falta de capacidad y otras por falta de voluntad. El problema fue señalado en los años sesenta y setenta por algunos pensadores muy populares en su momento y hoy injustamente olvidados, como Herbert Marcuse y Robert Haveman; pero cuando los movimientos estudiantiles y la “contracultura” fueron digeridos (sin demasiadas dificultades) por la posmodernidad, el neoliberalismo y la socialdemocracia, el debate cayó en el olvido antes de haber tenido lugar.

Por eso me parece especialmente oportuno que el artículo de Dieterich empiece señalando “la mediocridad de las ciencias sociales y de la filosofía en los países del socialismo histórico”, una mediocridad que es consecuencia directa de la ideologización del pensamiento, es decir, de la sustitución de la

dialéctica por un dogmatismo legitimador de determinadas estructuras de poder (el estalinismo sería el ejemplo más claro de esta suplantación, pero no el único). Esto explicaría, según Dieterich, por qué “en las últimas décadas no se han desarrollado paradigmas científico-revolucionarios de importancia en los países socialistas”, estimación con la que estoy básicamente de acuerdo (cf. mi artículo *Cambio de paradigma*, *Rebelión*, 3-3-04) y a la que quisiera añadir algunas consideraciones.

Habría que empezar señalando que el problema no es solo de los países socialistas: la filosofía lleva mucho tiempo estancada, o cuando menos constreñida, limitándose a reflexionar sobre cuestiones lingüísticas, sin duda importantísimas, pero no más que otras que los filósofos actuales no abordan por falta de valor o de competencia (y también, en buena medida, porque hasta ahora la filosofía, como casi todo, ha sido un coto exclusivo de los hombres, y la clase emergente, la más genuina clase revolucionaria, la constituyen las mujeres). Hegel fue el último gran filósofo occidental (sin contar a Marx y a Engels, que son metafísicos) porque fue el último capaz de comprender la ciencia de su tiempo; tras la revolución epistemológica de la relatividad y la mecánica cuántica, los filósofos de oficio corrieron a esconderse bajo las faldas de mamá lengua, y no parecen dispuestos a salir de ahí.

El problema, pues, no es solo de los países socialistas, aunque resulta especialmente preocupante que también en ellos la dialéctica haya sido arrumbada por la retórica. Y, en este sentido, no creo que sea la corrupción, como se viene diciendo últimamente, el mayor enemigo interno de la revolución cubana (comparada con la corrupción capitalista, la que se da en Cuba no es más que venial corruptela), sino el debilitamiento dialéctico, la merma de la capacidad crítica y transformadora del lenguaje político, que apunta peligrosamente hacia lo que Marcuse llama la “clausura del universo de discurso”. Un par de ejemplos anecdóticos, pero en mi opinión significativos, tal vez ayuden a comprender lo que quiero decir.

Desde hace algún tiempo, circula por Cuba la frase “Fidel es insustituible, pero no imprescindible”. A primera vista puede parecer una frase elogiosa, y, de hecho, se la he oído decir a personas poco sospechosas de anticastrismo; sin embargo, equivale a afirmar que la función desempeñada por Fidel es meramente accesoria u ornamental. Si voy en automóvil y no llevo rueda de repuesto, las cuatro ruedas son imprescindibles precisamente porque son a la vez necesarias e insustituibles; si llevara rueda de repuesto, seguirían siendo necesarias, pero no imprescindibles, porque ahora serían sustituibles. Viceversa: si una pieza es insustituible pero no imprescindible para el funcionamiento del automóvil (no es frecuente, por ejemplo, llevar una antena de repuesto: si se rompe no puedo sustituirla, pero el viaje prosigue sin

problemas), es porque no cumple una función necesaria. Lo cierto, en el caso de Fidel, es justo lo contrario de lo que textualmente afirma la citada frase: su función es imprescindible, pero otros podrían realizarla igual o mejor que él, y por tanto no es insustituible (salvo en el sentido obvio de que todos los seres humanos son únicos e irrepetibles). Pero esta formulación, aunque más precisa, suena menos épica, menos hagiográfica, y algunos prefieren la retórica a la precisión; grave error: un gobernante, por bueno y amado que sea, tiene que ser objeto de fervorosa crítica, más que de exaltación literaria. Un psicoanalista diría que la frase “Fidel es insustituible, pero no imprescindible” es un típico desliz freudiano (expresión del deseo inconsciente de castrar al padre); en cualquier caso, es un ejemplo de las incongruencias a las que suele dar lugar la retorización del discurso político.

Otra frase hecha que repiten a menudo los hagiógrafos del castrismo es que Fidel está a la vez en el poder y en la oposición. Es de suponer que quienes esto dicen quieren elogiar la capacidad autocrítica de Fidel y la valentía con la que a menudo reconoce públicamente sus errores; pero deberían darse cuenta de que decir que un gobernante encarna a la vez el poder y la oposición equivale a llamarlo dictador.

Los artitas revolucionarios buscan la exaltación; o la encuentran sin buscarla, como Braque (o como Picasso, que solía decir: “Yo no busco, encuentro”). Pero los pensadores revolucionarios (o sea, los escritores y oradores revolucionarios, pues, como decía Goethe, el pensamiento que no se convierte en palabra es un pensamiento fallido, del mismo modo que la palabra que no se convierte en acción es una palabra fallida) deben evitar la retórica de la exaltación (y la exaltación de la retórica) en su discurso si quieren darle el necesario rigor científico, si quieren defender con fervor la irrenunciable causa de la verdad.

(La Haine, 4 4 06)

NOTAS

1. Todos los artículos incluidos en este libro (y muchos más) están colgados en La Haine (www.lahaine.org), Insurgente (www.insurgente.org), Rebelión (www.rebellion.org) y/o en Nodo 50, en mi página “Contra el Imperio” (www.nodo50.org/contraelimperio).

2. En realidad, la frase “El mapa no es el territorio” es de Alfred Korzybski (el olvidado padre de la “semántica general”), aunque se suele atribuir a Wittgenstein, que fue quien la popularizó.
3. En *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Engels dice textualmente: “El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino”. Ciertamente, Marx no pudo escuchar esta frase concreta porque murió en 1883 (un año antes de que Engels publicara *El origen de la familia*), pero sin duda la habría suscrito (de hecho, en *El guión de la obra de Lewis H. Morgan “La Sociedad Antigua”*, escribió: “La familia moderna contiene en germen no solo la esclavitud, sino también la servidumbre... Encierra, en miniatura, todos los antagonismos que más adelante se desarrollarán en la sociedad y en su Estado”). El comentario final de mi artículo no es, por tanto, un reproche a Marx, sino la constatación de una laguna que su prematura muerte le impidió llenar debidamente, y de la que se ha resentido el ulterior desarrollo del marxismo.
4. En mi libro *El cuarto purgatorio* (Lengua de Trapo, 2006) dedico un capítulo al deporte competitivo como forma extrema de perversión y exaltación del belicismo.
5. Peter Singer es el máximo impulsor del denominado “Proyecto Gran Simio” (y el coeditor, junto con Paola Cavalieri, del libro homónimo). Entre sus libros cabe destacar *Liberación animal* (1975), *Ética práctica* (1979), *En defensa de los animales* (1986), *Repensar la vida y la muerte* (1994), *Una izquierda darwiniana* (1999) y, en colaboración con Jim Mason, *The Way We Eat* (2006).
6. Steven Goldberg expuso su polémica tesis reduccionista en el libro *The Inevitability of Patriarchy* (1974), y veinte años después publicó una nueva versión revisada, pero sustancialmente idéntica a la anterior, con el título *Why Men Rule* (1993). Hay traducción al castellano de la primera versión: *La inevitabilidad del patriarcado* (Alianza, 1976).
7. En los años setenta publiqué varios artículos sobre el tema del amor como mito nuclear de nuestra cultura (sobre todo en las revistas *Ajoblanco* y *El Viejo Topo*). Uno de ellos, titulado *Contra el amor*, ha

sido reproducido en numerosas ocasiones y es fácil encontrarlo en Internet. También he abordado el tema en mis libros *La amistad desnuda* (Lengua de Trapo, 2005) y *El libro infierno* (Alfaguara, 2002).